

El conflicte palestino-israelià, polvorí d'Orient Mitjà

El conflicte palestino-israelià que s'arrossega des de la proclamació, el 1948, de l'estat d'Israel a la terra palestina i que ha costat ja cinc guerres entre jueus i àrabs, continua sent avui, ja entrat el segle XXI, el gran polvorí de l'Orient Mitjà, la peça que desestabilitza tota la regió, alhora que el cavall de batalla que utilitzen els països àrabs "germans" en la seva lluita contra l'estat hebreu. El nus gordià el conformen tres grans obstacles a l'hora de negociar: unes fronteres reconegudes mútuament, el dret al retorn dels refugiats palestins i com a guinda: Jerusalem, la ciutat tres vegades santa. Malgrat els múltiples plans de pau, tot i els "fulls de ruta", malgrat tots els esforços dels Estats Units i d'Europa i de les resolucions de les Nacions Unides (sistemàticament incomplertes per Israel), aquest conflicte continua sent el més intricat, més llarg i amb menys aires d'arribar a una solució que algun dia permeti viure en pau els dos pobles: palestins i israelians, àrabs i jueus.

Fons de política internacional Carlos Nadal

Recull d'articles publicats per Carlos Nadal a *La Vanguardia* entre els anys 2000 i 2010

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL. CARLOS NADAL

Camp David 2000

El conflicto de Palestina es el de más duración de nuestra época. Otros de mayor alcance han desaparecido. La guerra fría, por ejemplo. El de Palestina ahí sigue, encanado, envenenado. Por esto hay quien conjetura que la negociación de Camp David es de todo o nada. Cara o cruz. Éxito o fracaso. Tal vez no sea así. No lo han sido nunca las negociaciones palestino-israelíes desde que comenzó el proceso de paz con los acuerdos de principio de Oslo del 13 de septiembre de 1993. Han sido años de avances, no de retroceso. Pocos, ciertamente. A veces, con exasperante lentitud, con largas pausas de desentendimiento, rupturas. También momentos de vuelta a los atentados, al derramamiento de sangre. Pero avances.

El asesinato de Rabin, el primer ministro israelí que empujó su autoridad de héroe militar en abrir el camino de la paz mediante la aceptación de una Autoridad Nacional Palestina, marcó el momento álgido de parálisis. Se hizo patente que el impedimento para negociar la paz no sólo venía de las diferencias entre Israel y los palestinos sino casi más de la realidad heterogénea, contradictoria, disociada del mismo Israel.

Ahora se ha llegado ya a negociar el núcleo duro del conflicto. ¿Saltará todo hecho añicos? En los dos lados hay un sí y un no que se pretenden irrenunciables. Barak y Arafat han ido a negociar a Camp David, dejando en sus países respectivos apremiantes exigencias de no ceder en los puntos que debatir. Entrega de territorios, estatuto de Jerusalén, fronteras, asentamientos judíos, regreso de refugiados palestinos, agua del Jordán. Lo que unos y otros consideran la línea roja. Cada uno, en versión opuesta.

Como punto de partida esto es normal en cualquier negociación. Pero imposible para llevarla adelante si no se trata de una capitulación pura y simple. Y no es el caso.

Clinton expuso la situación con franqueza y claridad: "Si no hay acuerdo, tendrán que volver a la mesa de negociaciones para enfrentarse a la misma historia, la misma geografía, las mismas pasiones, los mismos odios y las mismas decisiones difíciles que las hoy existentes". Y añadió: "Si no, habrá



ASTORMUJICA

LA NEGOCIACIÓN

palestino-israelí toca ya

el núcleo duro de las

diferencias existentes

entre las dos partes

más sangre y lágrimas". Aparentemente, Barak va más desamparado a la negociación. Ha salido satisfactoriamente por los pelos de dos votaciones de confianza parlamentarias. El presidente de la república, Ezer Weizman, partidario de la negociación sin miedo, ha tenido que dimitir por acusaciones de corrupción. Y, lo que es peor, tres partidos han dejado a Barak sin mayoría en el Parlamento y le

han retirado a seis ministros del Gobierno. Él dice que ha ido a Camp David con el apoyo del pueblo que le eligió en sufragio directo y porque las últimas encuestas le benefician con el apoyo de más del cincuenta por ciento de la opinión israelí.

Todo dependerá de lo que ocurra en Camp David. Que no será el "todo o nada". Los partidos ultrarreligiosos o radicales nacionalistas que han abandonado el Gobierno Barak lo han hecho posiblemente para no aparecer involucrados en algún tipo de acuerdo que sea sólo un paso más, o parcial, o no conveniente de cara a su electorado. Pero saben que la hora de la verdad, es decir, de ceder, llegará. Y ya se revela que Barak cuidó de obtener el beneplácito de importantes rabinos para transacciones respecto a Jerusalén.

Arafat va más arropado. Consiguió llevar en su delegación a representantes de casi todas las fuerzas de la OLP, en el intento de corresponsabilizarlos. Si las cláusulas acordadas en Camp David son suficientemente favorables, dispondrá de una base para proclamar la independencia de Palestina que prometió para el próximo 13 de septiembre, aunque dejando un margen temporal suplementario, por sí acaso.

No en vano se estudia en Washington la posibilidad de completar la negociación más adelante. Es prácticamente imposible que el Camp David de ahora sea como el de 1978 en que Carter reunió al presidente egipcio Sadat y al primer ministro israelí Begin y que desembocó en la retirada total israelí de la península de Sinaí, la evacuación de todos los asentamientos judíos allí y la posterior firma de la paz y establecimiento de relaciones diplomáticas normales entre Israel y Egipto.

Los colonos judíos en Cisjordania son unos 1.800.000. Se habla de evacuar, como mucho, a cincuenta mil. De proceder a un repliegue, a una redistribución. Por lo demás, hay diferencias que son más de forma que de fondo. No es pensable que Israel y una Palestina independiente puedan absorber los tres millones y medio de palestinos refugiados en el mundo árabe.

En todo caso, su misma larga duración hace que el conflicto palestino pierda virtuali-

dad aunque conserve su intensa carga explosiva. Alrededor, todo ha cambiado. El régimen revolucionario islámico de Irán ha entrado en una fase de evolución moderada y rechazo de amplios sectores sociales. No está en condiciones de atizar las brasas en Palestina. Siria, fallecido el presidente Assad, ha de digerir la etapa de sucesión en su hijo Bashar. Irak está bajo soberanía vigilada. Egipto y Jordania firman la paz con Israel. Las tropas israelíes han abandonado el sur de Líbano y las milicias islamistas de Hezbollah no han vuelto a atacar al norte de Israel.

Arafat percibe esta nueva situación. La aprovecha a su favor al reclamar para Palestina lo que se ha hecho con la franja meridional de Líbano y teme que se vaya a hacer con los altos del Golán. Pero sabe bien que todo esto le deja en peores condiciones para desear la voluntad de Clinton de propiciar un amplio arreglo. Precisamente cuando ya quedan pocos meses para que el presidente norteamericano abando-

EL TRAZADO DEL MAPA

que pueda quedar será un

rompecabezas, empezando

por el Jerusalén plurirracial

y multirreligioso

ne la Casa Blanca y se abra la incógnita de si su sucesor mantendrá el empeño.

Otro tanto le ocurre a Barak. Si se da un buen empujón a la opción negociada, la muerte de Rabin no habrá ocurrido en vano. ¿Puede costarle la derrota política, incluso la vida? Por delante dejará una solución irreversible para el más duradero conflicto de nuestro tiempo. Y quién sabe si el marco nacional en que la disparidad de la sociedad israelí encuentre cómo limar sus aristas. No es oportuno adelantar tanto los acontecimientos. Hasta la más optimista previsión de un importante arreglo deja en el aire un futuro lleno de escollos. El trazado del mapa que pueda quedar será un rompecabezas en sus líneas generales y en la particularidad de muchas áreas, empezando por el Jerusalén plurirracial y multirreligioso.

Por muchas que sean la agresividad, el odio, las pasiones y las difíciles resoluciones de que habla Clinton, no cabe descartar que el paso del tiempo haya enmohecido bastante la pólvora del explosivo conflicto árabe israelí.

Y así, tal vez, haga menos espinoso desactivarlo. ●

WEEK END POLÍTICO MUNDIAL. CARLOS NADAL

Jerusalén, el gran escollo

En el conflicto de Palestina hay sobrepuestas dos realidades que se rechazan una a la otra. Es irresoluble. Y, a la vez, forzosamente ha de resolverse. No es una fácil paradoja, sino algo que se hace patente en cada nudo gordiano que hay que cortar para que inmediatamente aparezca otro.

En el conflicto palestino ha habido básicamente algunos momentos decisivos: creación del Estado de Israel en 1948, motivo de cuatro guerras árabe-israelíes; ocupación de Cisjordania, Gaza, el Este de Jerusalén y los altos de Golán por los israelíes en la guerra de 1967; paz entre Israel y Egipto en los años setenta; levantamiento de la población palestina que el Ejército israelí no pudo terminar; en consecuencia, primeros acuerdos directos de paz en 1993 entre el gobierno de Israel y la Organización de Liberación de Palestina (OLP) que condujeron a la creación de una Autoridad Nacional Palestina en Gaza y territorios de Cisjordania.

A partir de la existencia de la ANP de Arafat y su implantación en tierra palestina, se quiebran dos planteamientos maximalistas del conflicto. El israelí, de considerar a las tierras ocupadas de Judea y Samaria como legado bíblico irrenunciable; el árabe palestino, de dar por ilegal, teóricamente por no existente, el Estado de Israel.

Desde los acuerdos de Oslo existe el drama de no querer verlo así, alimentado por las reivindicaciones de los radicales de las dos partes. Pero al mismo tiempo ha ido sedimentando la convicción de quienes lo ven con mayor pragmatismo. Las guerras árabe-israelíes no condujeron a nada. El terrorismo y la represión, tampoco. Hablar, discutir, negociar, han creado un terreno de aproximación. Fragmentario, insuficiente. Pero irreversible. Por eso rasgarse las vestiduras ante el fracaso de Camp David del día 25 no lleva a nada. Es decir, sí. Lleva a la conclusión, si se quiere perogrullasca, a que me he referido al comienzo. Conflicto insoluble. Conflicto que hay que resolver. Por eso no es de un optimismo fuera de lugar la declaración de Clinton de que los temas se han puesto sobre la mesa ya que los temas cruciales, los más envenenados. Y que esto, en sí, es bueno.

De hecho, Arafat y Barak regresan a casa sin haber cedido. No les compromete, no les coloca ante la furia desatada de los extremistas, pero sin duda han tocado muy de cerca algo que habrá de llegar y que no puede ser el todo o nada.

En esto Arafat tiene menos que perder. Todo acuerdo futuro, como ha ocurrido hasta ahora, será inevitablemente en beneficio de los palestinos, en mengua de los israelíes. Para éstos se trata forzosamente de abandonar territorios, de replegarse, de la renuncia oficial al Gran Israel; para aquellos, en cambio, de recuperar tierras, de sentar las bases territoriales para el esta-

blecimiento de un Estado palestino. Que, según parece, el escollo insalvable haya sido Jerusalén es a la vez descorazonador y alentador. Quiere decir que israelíes y palestinos casi han conseguido dibujar el mapa enrevesado de sus futuras fronteras, de la redistribución de los 125 asentamientos judíos y sus 200.000 colonos. El gráfico críptico de las comunicaciones.



ASTROMUJICF

AL DEBATIR SOBRE
la ciudad santa,
los negociadores de Camp
David tocaron el núcleo
duro de sus diferencias

La deuda histórica hacia los refugiados. Aunque significa también que sigue en carne viva lo moral e ideológicamente más indeleble por ambas partes. La ciudad santa. Lo que remite el conflicto palestino a mil años atrás cuando, según el salmo bíblico, "Dios, desde sus palacios, se ha revelado como baluarte." "La ciudad de Yahvé, Sebaot, la ciudad de nuestro Dios, que Dios afirmó para siempre." La ciudad donde la mezquita de Omar encierra la roca desde la cual Mahoma se elevó a los cielos según la tradición.

Mientras estén en juego cuestiones de Estado, de fronteras, de territorios, hay materia para discutir. Poner en el saco de negociación las raíces últimas de la identidad, intentar desbrozar el laberinto sacro y humano de Jerusalén, es entrar en suelo minado.

¿Sólo esto? Evidentemente, no. Hay cálculo político. Barak con algo ha de endulzar la amarga pócima a los ultrarreligiosos y radicales nacionalistas. Arafat sabe que a partir de ahora negociar supondría hacerlo desde un techo muy alto.

Y ahora, el regreso de Camp David. Más peliagudo para el jefe del Gobierno israelí que para el presidente palestino. Éste fue bastante arropado políticamente a Camp David; Barak, más a pecho descubierto, dejando en Israel ánimos encrespados y un Gobierno en flaca minoría que puede ser barrido y así obligar a elecciones anticipadas. O a volver a la coalición nacional de los laboristas con la derecha y los partidos religiosos de los años ochenta, que fue calificada de "gobierno del desacuerdo". Un precedente poco alentador.

Queda claro que a partir de ahora negociar querrá decir que no queda nada tabú. Los extremistas israelíes y palestinos tendrán dónde apretar. Es posible que no tanto como pretenden, aunque pueden reavivar la violencia y llegar al magnicidio.

Es discutible si Camp David no se preparó debidamente, si Clinton forzó la máquina. Y, por supuesto, si hubiese sido más práctico y efectivo no querer englobar todos los puntos en discordia. Volver a la negociación apretada y fatigosa de los pequeños pasos.

Comenzar de nuevo el sistema de los plazos extenuantes y avaramente demorados de la retirada israelí. Sobre todo, dejando de lado por el momento la querrela encendida sobre el estatuto final de Jerusalén.

Barak fue elegido jefe del Gobierno de Israel porque se esperaba de él que rompiera el punto muerto desesperante en que su antecesor, el derechista Netanyahu, mantenía las negociaciones de paz. Y ahora parece que se vuelve a la parálisis.

¿Será posible hacer como que el fracaso de Camp David ha sido sólo un episodio más en el rosario de frustraciones sufridas? Antes de comenzar el maratón negociador, en Washington no descartaron la posibilidad de que no todo acabara allí, de que hubiera una segunda vuelta en agosto o septiembre. Claro que era de esperar un final más esperanzador de los agotadores quince días de encerrona bajo la presión del presidente norteamericano y de su mano derecha, la señora Albright.

Es de mal prever si el fracaso actual ha ensanchado más el foso que separa a israelíes y palestinos, o si hay elementos para estimar que algo que tener en cuenta haya quedado disponible sobre la mesa abandonada por todos. Pero ya nadie debe creer que el conflicto va a cristalizarse con sus cortantes aristas para siempre. O que desactivarlo saldrá de balde. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL. CARLOS NADAL

El desastre que Rabin quiso evitar

El 5 de noviembre de 1995 fue asesinado Itzhak Rabin, jefe del Gobierno israelí que comprendió las negociaciones de paz con la OLP. Cinco años después, casi día por día, falleció su viuda, Leah Rabin, que aún pudo ver por televisión los actos públicos en memoria de su marido. Leah Rabin era un símbolo. Del valor moral contra la cobardía y el odio cerriles. De la razón contra el fanatismo. De la sensatez contra la irracionalidad. De la altura de miras contra la mezquindad de los intereses políticos, de los clanes religiosos.

Altiva, lúcida y veraz, Leah Rabin era el espejo donde se reflejaban sin concesiones las alucinaciones, los prejuicios, los despropósitos que aquejan a parte de la sociedad israelí. Un pueblo que se pierde en los recovecos de su historia milenaria al buscarse la identidad en una tierra que nunca ha vuelto a ser del todo suya.

El drama de Israel es que ni al reencontrarse en la que fue bíblica tierra prometida la puede dar por suya. Ser judío en la diáspora supuso una larga historia de incomprensiones y sufrimientos frecuentemente sangrientos, que en el holocausto nazi tuvo su momento más trágico e incomprensible. Pero después los judíos no han podido resolver adecuadamente su convivencia con quienes habitaban como propia la tierra que ellos consideraban suya.

En lo cual tienen su parte de responsabilidad los estados árabes, en el fondo más nocivos que favorables para la causa palestina. Los árabes se propusieron echar al mar a los israelíes, aniquilar su Estado creado por la ONU. Lo cual llevó a los israelíes a volver las tornas. Por lo menos buena parte de ellos. Así el extraño, el que estaba de más, pasó a ser el otro, el árabe.

En el conflicto palestino se dan dos maneras, por ahora irreconciliables, de considerarse en estado de asedio. La ocupación israelí de Cisjordania y Gaza fue consecuencia de la guerra de 1967, la tercera con los vecinos estados árabes. Golda Meir, primera ministra que fue, y cofundadora del Estado de Israel, explica en "Mi vida" cómo los israelíes que habían padecido la claustrofobia de la perma-

mente amenaza de los países árabes que les negaban la existencia como Estado, después de la rotunda victoria militar se precipitaban a visitar los territorios ocupados. Era la euforia de volver a tierra que creían suya. Y, al mismo tiempo, el alivio de sentir que habían roto el círculo que les tenía recluidos en las fronteras mínimas y vulnerables de 1948.

Desde 1967, dominó en Israel la complacencia de que, por fin, estaban en paz con la historia y ganaban un espacio vital para la seguridad de su Estado. Pero los árabes palestinos se sintieron desposeídos, acosados. Ellos pasaban a ser el pueblo mártir, obligado a la diáspora, a los recintos de los campos de refugiados y al régimen de ocupación extranjera.

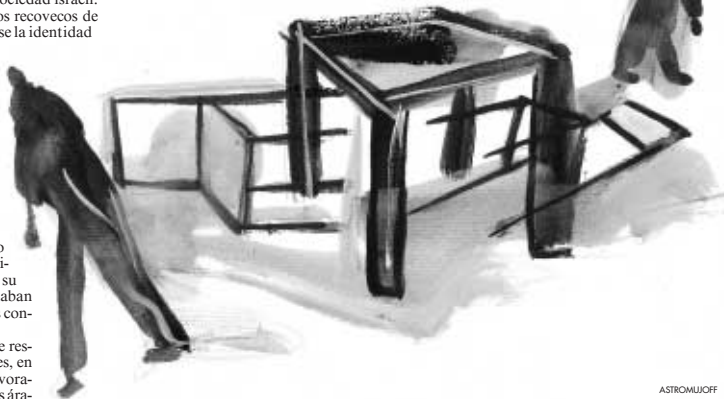
da a Rabin sabían muy bien que sabotearan el proceso de obtener la paz a cambio de devolver territorios. Que volvían a la estrategia del asedio.

Netanyahu, el ultranacionalista que gobernó posteriormente a Rabin, bloqueó insidiosamente las negociaciones y pautas ya acordadas para la paz, exasperó al pueblo árabe palestino. Y cuando Barak y Shlomo Ben Ami se propusieron no sólo reanudar el proceso sino acelerarlo, encaminarlo a la solución global, el nuevo estallido de la protesta violenta lo echó todo por tierra. Es por demás entrar en el debate de quién encendió la

bombardean a discreción. La "intifada" llamada de Al Aqsa tiene visos de guerra generalizada, agravada por la existencia de los asentamientos judíos que hacen inevitable la lucha directa entre colonos y palestinos.

A los amotinamientos callejeros sucede la táctica de guerrilla. E Israel responde cortando carreteras, sitiando las ciudades bajo autoridad palestina una a una y aislando a Cisjordania de Gaza y a ambas de Israel y del extranjero. Los israelíes imponen la mentalidad de asedio en sus formas más extremas.

Rabin dijo a los palestinos: "Estamos condenados a convivir en la misma tierra". Y añadía: "No perdáis esta oportunidad (de negociar la paz) porque tal vez no haya una segunda ocasión". Palabras que actualmente adquieren una resonancia angustiosa. Y que exigen la respuesta más en Israel que en Palestina. Lo canta el desequilibrio de fuerzas, del número de muertos y heridos. También que Cisjordania y Gaza son tierra ilícitamente ocupada. Tal vez sí, evidentemente, se llegara a algún tipo de presencia internacional en Ga-



ASTROMUJOFF

La primera "intifada", de 1987 a 1993, fue una revuelta contra la asfixia. Y hubo en Israel quienes comprendieron que vivir en paz exigía conceder espacio libre a los árabes palestinos. Naturalmente, retirándose de Cisjordania y Gaza, que los israelíes habían conquistado y consideraban prácticamente como propios. Rabin se convirtió en el portavoz de esta convicción. El símbolo de la voluntad de convivir en dos territorios deslindados pero bien avenidos.

Esto no ha sido posible. Se avenció bastante, casi diría que mucho, en la dirección adecuada y justa. Pero quienes le quitaron la vi-

mecha. Hay una evidencia: quien tiene la justicia de su parte son los palestinos. Es en balde discutir la legitimidad moral de enviar incluso niños a la lucha, de si todo estaba preparado de antemano y la provocación de Sharon en la explanada de las Mezquitas fue sólo el motivo que esperaban las organizaciones extremistas palestinas para comenzar la revuelta. Incluso si Arafat y la Autoridad Nacional Palestina estaban en ello.

Ahora la gravedad de los acontecimientos va en aumento. De piedras contra fusiles se está pasando a armas de fuego contra armas de fuego. Los tanques y helicópteros israelíes

A LOS CINCO AÑOS

de su asesinato, la ira
y la violencia han
cortado el proceso
de paz en Palestina

za y Cisjordania, ello permitiría a los palestinos salvar la faz y renunciar al uso de la fuerza para volver a negociar.

Por su parte, a los israelíes les sería posible poner fin a una situación de asedio y desesperación que no va a resolver nada. Como no lo consiguieron con la represión de la primera "intifada" o mediante las constantes represalias militares contra las milicias chitas de Hezbollah en el sur de Líbano.

Vuelvo a Golda Meir cuando explica que, en 1967, con la desaparición de los muros, barricadas y alambradas de espino que dividían Jerusalén acababa la "anormalidad de nuestra vida". Actualmente, toda Cisjordania y Gaza están sembradas de muros, alambradas, divisorias vigiladas por tropas y tanques. Con ello, la anomalía se perpetúa en los territorios palestinos. Pero que no quepa duda de que también vuelve de nuevo a Israel. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Lecciones de un pernicioso error

Tenían la paz en las manos y se le dejaron escapar entre los dedos. Barak y Arafat habrán pensado mucho en esto. En cómo estuvieron tan cerca de poner fin al conflicto de Palestina y dejaron que se les volviera todo del revés y se les creara uno de los episodios más cruentos de los 52 años de enfrentada vecindad entre árabes e israelíes. También uno de los más absurdos, evitables, imponderables.

Por una vez se iba al final. Con las cartas boca arriba. Era la negociación en que todo estaba metido en el mismo paquete. Devolución de territorios, fijación de fronteras, regreso de refugiados, redistribución de asentamientos judíos en Cisjordania y Gaza. Y estatuto de Jerusalén, el núcleo amargo de la manzana de la discordia.

¿Qué retuvo tanto tiempo a Barak y Shlomo Ben Ami de ir al fondo, si ellos mismos habían ido a negociar sobre todo, sin aparentemente dejarse nada en la bocamanga? ¿Qué esperaba Arafat que le facilitara volver a su tierra con un éxito de tal naturaleza que ni los grupos palestinos más radicales hubieran podido rechazar?

Después del exasperante bloqueo en que Netanyahu mantuvo las negociaciones de paz, al general Ehud Barak, héroe de la guerra, no se le podía imaginar dejando pasar la más grande ocasión de pacificar a Israel y Palestina por retener unos kilómetros más o menos de territorio, por buscar alambicadas maneras de hacer como que cedía áreas de soberanía palestina en Jerusalén sin hacerlo.

Y Arafat cayó en la tentación (quién sabe si la despiadada intuición) de abrir el odre de los vientos, dejar que su gente se echara a la calle con sacrificio de sus vidas en las ciudades palestinas y Jerusalén. Utilizarlos como instrumento de presión para que Barak comprendiera que en aquella ocasión no cabían términos medios.

Luego fue el desastre. La provocación de Ariel Sharon, la violencia palestina y la respuesta militar israelí, desproporcionada, brutal. Seguida del aislamiento de las ciudades y territorios bajo el gobierno de la Autoridad Nacional Palestina que los reduce a un lamentable estado de asedio y carencias de todo orden.

Barak estuvo a un paso del naufragio políti-



ASTROMUJOFF

co en Israel. Y Arafat de ser desbordado por los grupos extremistas a los que ahora se añaden milicias de su propio grupo político. La reciente lipotimia del presidente palestino entre el tumulto que acudía al entierro de una víctima de la "intifada" da qué pensar sobre lo que ocurriría si desapareciera el veterano, incombustible, astuto e indiscutible líder.

Y en el lado israelí la vorágine parlamentaria en que se mueven las parcialidades de 17 partidos precipitó al país a la consulta electoral del 6 de febrero en la cual Barak se presentará a la reelección. Israel ha vivido los avatares de una lucha política encarnizada como si no estuviera ante la necesidad de tomar decisiones históricas de alto riesgo nacional respecto al futuro de Palestina. O, precisamente porque ocurre así.

El país se ha visto al borde de la autodisolución del Parlamento, evitada al fin por los habituales cálculos interesados del partido sefardita Shas. Esto, y la dimisión de Barak con la subsiguiente convocatoria de nuevas elecciones para la jefatura del Gobierno en sesenta

SOBRE PALESTINA HAY

que volver al acuerdo

de máximos que no

se obtuvo en octubre,

causa del desastre actual

lidad de que un escaldado y equilibrista Barak y un Sharon "más cercano a la paz de lo que parece", según el primer ministro dimisionario, acuerden después de las elecciones la formación del gabinete de unión nacional de que se hablaba entre septiembre y octubre. Tal vez habrá llegado entonces el momento de las grandes decisiones.

Los plazos para recoser la negociación de paz se acortan. El 20 de enero Clinton traspasará los poderes presidenciales a George W. Bush, una incógnita en política exterior y necesitado de tiempo para poner previamente en marcha su Administración.

Por una parte a Barak le favorecería ir a los comicios habiendo conseguido un acuerdo sustancial sobre Palestina. Su gran baza electoral. Pero por otra, si este acuerdo se considerara en Israel como una defraudante claudicación, Sharon podría obtener la victoria por el margen cómodamente holgado que las últimas encuestas le confieren.

De momento, se vuelve a negociar en Washington, bajo el amparo con carácter de última oportunidad del todavía inquilino de la Casa Blanca que ya está haciendo de las maletas para dejarla. Se trabaja al parecer sobre supuestos de urgencia en los que sería inexplicable entrar una vez más en recortes y regates.

Se trataría, de una vez por todas, de la entrega a la ANP del 95 por ciento de Cisjordania y la totalidad de Gaza; redistribución o eliminación de asentamientos judíos ateniéndose a rectificaciones y compensaciones fronterizas; aplazamiento de la discusión sobre el derecho de retorno de los tres millones y medio de refugiados palestinos en el exterior, que, de realizarse sin prevenciones anegaría la identidad de Israel.

Y Jerusalén, el gran escollo para cuya superación es obligado entregar el barrio musulmán a la autoridad palestina incluyendo la explanada de las Mezquitas, respecto a la cual al parecer los israelíes todavía barajan estrambóticos eufemismos como darle estatuto de "ciudad divina".

Se ha ido tan lejos en la violencia cuando parecía definitivamente descartada, la degradación de los territorios palestinos ha llegado a tal extremo, el ovillo político de Israel está tan enmarañado que ya la suerte de los palestinos va atada a la de los israelíes y viceversa. O hay una arreglo o el desplome de Palestina hará imposible restaurar una razonable estabilidad en Israel. ●

días, han evitado que Benjamin Netanyahu se presentara a las urnas. Él, que fue desbancado del Gobierno por haber ahogado implacablemente el proceso negociador. Lo que no impide que ahora tuviera un amplio margen de ventaja sobre Barak en las encuestas como si se hubiera convertido de pronto en el hombre necesario.

Barak se ha movido con habilidad en las sinuosidades del laberinto político israelí siempre al borde del precipicio. Y acaba por tener como contrincante electoral al candidato de la derecha Ariel Sharon, el halcón responsable de las matanzas de Sabra y Chatila que, en el vaivén desdortado e inaprensible de la opinión israelí, dispone de previsiones de voto también superiores a Barak. Con el sorpresivo agravante de que Sharon ha sido, paradójicamente, el mejor aliado de Barak en el propósito de deshacerse de Netanyahu por aquello de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. O el menos peligroso candidato de la oposición.

Por si fuera poco, se especula con la posibi-

WEEKEND POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Doble filo del derecho al retorno

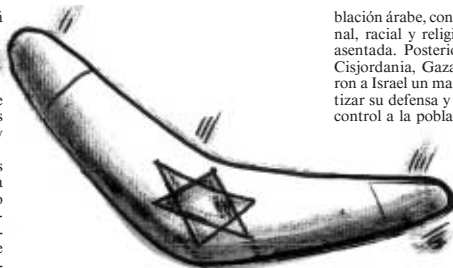
El retorno, el derecho al retorno, está en el origen, la raíz, la esencia del conflicto palestino, ahora colocado en el filo cortante que separa su mayor ocasión de resolverse, tal vez de una vez por todas, y la posible duración de la actual recaída en uno de los episodios más sangrientos de sus cincuenta y dos años de existencia.

El retorno, la "aliya", la vuelta de los judíos a la bíblica Tierra prometida, hizo que en la que fue Palestina árabe bajo dominio turco hasta 1918, donde la población judía no sobrepasaba las 35.000 personas a fines del siglo XIX, ahora los judíos sean alrededor de seis millones, organizados en un Estado potente en sus capacidades militares, económicas y culturales.

El derecho al retorno, promovido por un sector del sionismo, motivó la implaceable lucha terrorista judía contra el protectorado británico en Palestina, a la par que contra los grupos armados árabes opuestos a la creciente presencia de colonos judíos. El derecho al retorno se convirtió en derecho a un Estado propio que, por la renuncia británica a su mandato, la ONU reconoció en agosto de 1948.

Cuatro guerras han combatido los israelíes contra los árabes por asegurar la permanencia del derecho al retorno de los judíos desde la diáspora en el marco seguro de un Estado propio. Por una interpretación torcida del derecho al retorno, desde la guerra de 1967, los israelíes han mantenido ocupados los territorios palestinos que la ONU no les había adjudicado. Y por esta extensiva y abusiva aplicación del derecho al retorno, la recuperación del Eretz Israel (el Gran Israel), unos ciento sesenta mil judíos se reparten entre 140 asentamientos en la Cisjordania ocupada y alrededor de seis mil en ocho de ellos levantados en la franja de Gaza.

Al mismo tiempo, precisamente por el derecho al retorno, la consiguiente creación del Estado de Israel y la ocupación de Cisjordania, Gaza y el Golán se produjo un flujo árabe en sentido contrario. Ochocientos mil árabes abandonaron sus hogares, su tierra, por escapar a la dominación israelí. En más de cincuenta años estos exiliados por presión directa o por miedo se han convertido en tres millones y medio a causa del crecimiento demográfico. Más de un millón y medio en Jordania, 383.000 en Siria, casi cuatrocientos mil



ASTROMJ/JOFF

en Líbano, 583.000 en Cisjordania, 825.000 en Gaza.

Y ahora, en la circunstancia difícil para Israel de conseguir con los palestinos la paz y la seguridad de su Estado, fruto del retorno, uno de los mayores obstáculos para obtenerlas es, precisamente, la invocación del derecho al retorno de los refugiados palestinos adonde tuvieron su hogar durante centenares de años. "Su" tierra.

Ironías de la historia. La creación del Estado de Israel le alivió de buena parte de la po-

blación árabe, con lo cual su identidad nacional, racial y religiosa quedaba sólidamente asentada. Posteriormente, la ocupación de Cisjordania, Gaza y el Golán proporcionaron a Israel un margen territorial para garantizar su defensa y la seguridad de tener bajo control a la población árabe de la Palestina

ocupada. La política sistemática de edificar en ella asentamientos judíos reforzaba esta doble protección. Actualmente todo esto constituye un endiablado tramado de escollos para

terminar con el feroz enfrentamiento entre israelíes y palestinos.

El jefe del Gobierno israelí en funciones, Ehud Barak, ha dicho recientemente que uno no escoge sus vecinos. Lo argumenta en favor de sus esfuerzos por alcanzar la paz con los vecinos palestinos de Israel. Pero pasa por alto un hecho que precisamente distingue a los israelíes de prácticamente todos los estados del mundo. Con la "aliya", el retorno, los israelíes sí escogieron a sus vecinos. Fueron los árabes quienes no querían la creación ni la vecindad de Israel. Ni los palestinos ni los libaneses ni los sirios jordanos y egipcios. Alemanes y franceses, por ejemplo, no escogieron ser fronterizos, tantas veces para mal en el pasado, hoy para bien. Los israelíes, sí, se impusieron como vecinos de los árabes.

El caso es que desde que comenzó la llamada "intifada" de Al Aqsa, y si se quiere alejar la sombra amenazadora de la guerra general que con ánimo admonitorio anuncia como posible Barak, el retorno adquiere un sentido muy distinto al que tuvo para los judíos.

Está sobre la mesa de negociación del de los refugiados palestinos a la que fue su tierra, ahora territorio israelí. Y el de buena parte de los colonos judíos, cuyo establecimiento progresivo en Cisjordania y Gaza fue fomentado por todos los gobiernos israelíes desde 1967.

En una de estas dos direcciones, el retorno supone para Israel algo absolutamente innegociable. El regreso masivo de palestinos sería tanto como anegar, diluir la identidad racial, lingüística, cultural, religiosa e histórica de Israel. Por lo demás, ni los palestinos verían sin temor el regreso de los que huyeron de Cisjordania y Gaza y sus descendientes. Más a considerar es el abandono parcial, repliegue y relocalización de asentamientos judíos.

Las propuestas de Clinton parecen ser la última oportunidad para que la vecindad de un Estado israelí y un futuro Estado palestino se hagan realidad sobre bases de mutuo reconocimiento y convivencia como menos en paz. Son proposiciones meticulosamente articuladas hasta en la laberíntica división de Jerusalén, con bizantinos trazados de líneas divisorias horizontales y verticales en la zona llamada por los árabes explanada de las Mezquitas y por los judíos, muro del Templo.

Pero el retorno de los refugiados palestinos queda enmarcado en un esbozo previo destinado a la posterior ponderación de su real alcance. De esta manera, el derecho al retorno, origen del conflicto árabe-israelí, pende sobre israelíes y palestinos como oportunidad histórica de darle fin o motivo para perpetuarlo con tenebrosas expectativas para el porvenir tanto de Israel como de la Palestina árabe. La decisión recae sobre Barak, embarcado en la

EL PRINCIPIO ORIGINAL

de Israel y su poder se

vuelven contra él en

estos días de renovado

conflicto bélico

más dura represión militar contra los palestinos, dimisionario y en minoría parlamentaria, a quien se da por perdedor en la cita electoral del 6 de febrero. Y sobre un Arafat flanqueado por la violencia enfurecida de grupos radicales.

Los dos líderes tienen escasamente doce días para aprovechar la persistente y elogiada labor mediadora de Clinton. El día 20 pasará sus poderes presidenciales a George W. Bush. Entonces, como ha dicho, se llevará con él sus propuestas. De Washington es improbable que lleguen iniciativas por el momento. El período preelectoral en Israel acortará la alarmante posibilidad de que encabece el Gobierno de Israel Ariel Sharon, el "halcón" de la guerra de Líbano en los años ochenta. No parece la persona más indicada para corregir la versión unilateral y extrema del derecho de retorno judío que se impuso con la guerra de 1967. O para obtener paliativos y reajustes pragmáticos en el derecho de retorno de los refugiados palestinos. ●

WEEKEND POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

El dramático puzzle de Palestina

El largo conflicto de Palestina viene de que no hay una sino varias Palestinas. La ONU decidió en 1947 partirla en dos. Un estado israelí con el sesenta por ciento del territorio. El resto fue ocupado por la Transjordania del rey Abdallah. Que los árabes no aceptaran el estado de Israel, en nombre de una Palestina indivisa, determinó que no existiera un estado palestino árabe propiamente dicho. Cinco guerras árabe-israelíes no acabaron con esta realidad. Todavía ahora no hay en tierra palestina un estado árabe. El de Israel sigue allí, sólidamente asentado.

Entre 1948 y 1967 Cisjordania fue jordana. Gaza, egipcia. La guerra de este último año creó una nueva situación. La Palestina árabe quedó en manos de Israel. Fue, desde entonces, tierra ocupada.

Por la guerra de 1948 huyeron centenares de miles de árabes de lo que pasaba a ser Israel. La de 1967 provocó otro éxodo masivo de los territorios ocupados. Por el crecimiento demográfico son ahora unos cuatro millones. Es otra Palestina. La de la diáspora.

La ocupación de Cisjordania y Gaza animó a los israelíes a creer que no tendría fin. Comenzó la creación de asentamientos judíos en tierra ocupada. Para unos era la manera de hacer realidad la reivindicación milenaria del gran Israel bíblico. Para otros, el establecimiento de una serie de poblados medio civiles, medio militares que asegurarían la perpetuación de la presencia judía allí. Nació así otra Palestina: la de los colonos judíos en Cisjordania y Gaza.

La incapacidad de poner fin a la "intifada" árabe palestina contra la ocupación israelí, que comenzó en 1987 impuso en Israel la política de negociar con la OLP, el conjunto de organizaciones político-militares que encabezaba Yasser Arafat. La resistencia en el exilio. Según como, otra Palestina.

Negociaciones entre Israel y la OLP tuvieron su punto de partida en los acuerdos de Oslo de 1993 y un largo y complicado segui-

miento que desembocó en la creación de la Autoridad Nacional Palestina en territorio palestino. Por primera vez una presencia jurídica árabe propiamente palestina en Cisjordania y Gaza. El hilo enrevesado de las negociaciones condujo a la creación de las llamadas zonas A, B y C en los territorios que fueron o son todavía

desarrollo del proceso negociador iba encaminado a simplificar esto. En definitiva, a volver al comienzo. A antes de 1948. Y a establecer dos Palestinas: el Estado de Israel y el árabe palestino. Un cierto equilibrio. Una redistribución sobre la que fuera posible restablecer la paz.

Pero esta dirección en que se caminaba tuvo encomados contrarios. En Israel. En la Palestina árabe. El asesinato de Rabin en 1995 deshizo lo andado. A partir de entonces el rompecabezas de las diversas Palestinas entró en una endemoniada tolvenera. Entre los árabes palestinos los hay con el deseo de retroceder a antes de 1947. A que no exista un estado de Israel. Entre los israelíes existe quien rechaza de plano un estado árabe palestino.

¿Estaba todo preparado para romper la baraja, para encomendarse a la violencia como insensato medio de dirimir el conflicto? Lo cierto es que a la provocación de Sharon del 28 de septiembre del año pasado en la explanada de las Mezquitas de Jerusalén sucedió inmediatamente la nueva "intifada" llamada del Al Aqsa. Precisamente cuando Arafat se negaba a aceptar la oferta de Barak de devolver a la ANP el 97 por ciento del territorio comprendida la parte árabe de Jerusalén.

Seguía así pendiente el pleito de las Palestinas. La de la diáspora, el derecho al retorno. La de los asentamientos judíos, el derecho de conquista.

Desde entonces, lo comenzado en Oslo parece roto. Durante los últimos nueve meses predominan la lógica de la fuerza y la del martirio sacrificial voluntario. Con momentos en que la reacción israelí ha rozado procedimientos de verdadera guerra. Las elecciones israelíes que llevaron a Sharon a la jefatura del Gobierno marcaron un descorazonador punto de inflexión. Aunque la presencia del pacifista Shimon Peres en el gabinete dejaba entreabierto un resquicio para la vuelta a la opción negociadora.

Ahora la situación es extremadamente crítica, si bien hay una oscilación entre ir definitivamente por la brava o avenirse a unos mínimos de reducción de la tensión. Es importante que Bush haya abandonado su primera actitud de

inhibición, que la Unión Europea, la ONU y hasta Rusia tomen cartas en el asunto. El plan Mitchell sirve como instrumento de trabajo y la CIA actúa directamente sobre el terreno.

Ni Sharon ni Arafat pueden hacer oídos sordos a esta presión internacional. Pero el primer ministro israelí lleva mal haberse tenido que contener después del atentado de un joven kamikaze palestino en una discoteca de Tel Aviv en que murieron veinte personas. Y Arafat se mantiene en la ambigüedad ante las advertencias de las organizaciones que mueven la "intifada" de que continuarán la lucha.

Los dos líderes aceptaron un alto el fuego el 12 de junio. Pero sigue un goteo de asesinatos, de ataques seleccionados. Sharon se niega a entrevistarse con Arafat, a quien califica de mentiroso y asesino. Y el presidente palestino se mofa del primer

DESDE LA CREACIÓN

de Israel, en 1948, no ha sido posible llenar el vacío legal y ético de Gaza y Cisjordania

ministro israelí porque aventura como generosa posibilidad de devolver a la ANP el 56 por ciento del territorio.

Sobre la base del plan Mitchell se habla de plazos diversos, de treguas de progresiva duración sólo para crear un clima mínimo de confianza. ¿Es concebible el cese de todo ataque, atentado, provocación, represalia? ¿Puede Arafat detener terroristas, hacer que Hamas, la Yihad Islámica, las milicias de su propio partido Al Fatah abandonen la violencia?

Sharon advirtió de que Israel mantiene el dedo en el gatillo y afirmó que no le importaría que Arafat desapareciera, mientras que Shimon Peres se entrevistó con él en Lisboa durante dos horas y le dijo "denos seguridad y les daremos libertad" el 3 de julio amenazó con dimitir si Sharon le coarta en su opción por la paz.

En el disparatado puzzle de las diversas Palestinas se ha perdido la noción de si existe un diseño realizable. ●



ASTROMUJOF

ocupados. Los administrados por la ANP, evacuados por el Ejército israelí. Los administrados por la ANP, todavía con presencia militar del Tsahal. Finalmente, los que permanecen plenamente bajo régimen de ocupación. ¿Otras tantas Palestinas?

¿De cuántas Palestinas se puede hablar? El

CARLOS NADAL

Los límites de un conflicto sin límites

Dese los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington y el comienzo de la guerra en Afganistán, el conflicto palestino parecía quedar en un segundo lugar, pese a no haber perdido el carácter de deplorable y extrema violencia que había adquirido a partir del 28 de septiembre del 2000.

El más antiguo e implacable conflicto del mundo actual, en vez de amainar su violencia, la aumenta hasta límites insostenibles. Y ahora, cuando Afganistán parece estar acercándose a una fase circunstancial y muy relativa de remisión de los desastres, Palestina vuelve a reclamar la atención como foco de un horror sin fin.

Al comenzar la operación norteamericana en tierra afgana hubo, respecto a Palestina, tres momentos sucesivos de signo contrario. Primero, el jefe del Gobierno israelí, Ariel Sharon, movió sus fichas como si entendiera que la reacción norteamericana ante los atentados del radicalismo islamista le daba carta blanca para actuar sin ningún tipo de retención en Cisjordania y Gaza. Posteriormente, el lenguaje del presidente Bush desmintió esta interpretación. Dijo que los palestinos tenían derecho a un Estado propio. Necesitaba amortiguar las reacciones adversas del mundo islámico a propósito del ataque contra los talibán afganos.

Bin Laden había añadido a la lista de afrontas norteamericanas contra el islam la ayuda permanente a Israel. Y Bush hubiera preferido quitarle esta bandera. Le hubiera convenido más que el conflicto palestino adquiriera un perfil discreto. Como se conformó a hacerlo Israel en el curso de la guerra de Irak. Pero los extremistas palestinos no estaban por la labor. Y Sharon, que durante poco tiempo dio muestras de contención, la abandonó pronto para dar un desorbitado salto cuantitativo y cualitativo a la acción militar en los territorios de Cisjordania y Gaza. El presidente norteamericano se abstuvo de pararle los pies. Tal vez porque la ola inicial de protestas en el mundo islámico por los bombardeos de Afganistán se había apagado. Y ya

no hacía falta desviar la atención del conflicto palestino.

Y ahora se están sobrepasando todos los límites. Después de los sangrientos atentados palestinos de los dos primeros días del mes en curso en Jerusalén y Haifa, las represalias israelíes han rozado ya el extremo con los bom-

Estado palestino no ha abierto la boca ante las agresiones israelíes tan directas contra la Autoridad Nacional Palestina. El portavoz de la Casa Blanca dejó caer que "Israel tiene derecho a defenderse". Y añadió: "El presidente cree firmemente que Arafat ha de demostrar que está al lado de los que quieren la paz".

Bush coincide, pues, con Sharon en pasar el paquete al presidente palestino. Le colocan entre la espada y la pared. Si, como se le exige, se esmera en detener a los dirigentes de los grupos extremistas, pierde casi todo crédito ante gran parte del sufrido pueblo palestino como brazo derecho de la desmedida represión israelí. Y las organizaciones radicales adquieren mayor notoriedad como avanzada política y militar contra la actuación sin piedad de las fuerzas ocupantes y el asedio económico.

Sharon pretende que Arafat actúe con las manos atadas. Le acorrala en Ramallah y soldados israelíes atacan a su policía autonómica, a quien corresponde detener a los dirigentes extremistas. Le atribuye la responsabilidad por los ataques terroristas contra Israel pero, de hecho, le desautoriza para combatirlos. A lo cual el líder palestino responde con su habitual táctica escudriñada. Tiene a dirigentes extremistas pero no a los que están verdaderamente en activo.

Bush afirmó en la Asamblea de las Naciones Unidas que "no existe un buen terrorismo". Sharon le tomó la palabra. El presidente norteamericano se ha enrolado en una guerra que anunció que sería larga y amplia en sus objetivos; hay indicios para no descartar que entre

ellos se encuentre el Irak de Saddam Hussein. O Somalia. Tal vez ante cálculos de esta naturaleza el hombre preferido para Israel en la Casa Blanca sea Sharon. No precisamente Arafat. El primero fue recibido recientemente allí. El segundo no ha sido invitado.

Y es que al incumbible presidente palestino le ha llegado una de las horas más amargas de prueba en la línea de las muchas que hizo sortear en el pasado. A él, que en tiempos del golpe terrorista su arma para la liberación de Palestina, actualmente instalado en un poder cada vez más precario e insolvente,

Bush le requiere "declarar la guerra al terrorismo". Y Sharon le hace cínicamente responsable de "una guerra que se nos ha impuesto". Situación más que embarazosa porque en Estados Unidos han tocado a rebato en la guerra contra el terrorismo a escala mundial. Y Sharon culpa con mala fe a Arafat de haber elegido la "estrategia del terrorismo."

Plantear así la situación actual del conflicto palestino es, más que nunca, jugar con fuego. Un fuego que las organizaciones radicales palestinas atizan desde el comienzo de la "intifada", posiblemente para ver quién adquiere mayores cotas de poder en previsión del

LA LUCHA ÁRABE-ISRAELÍ

vuelve a recuperar

protagonismo cuando

Bush declara la guerra

mundial al terrorismo

pos Arafat. Y que Israel alimenta para imponer "su" paz a una Palestina inlamentable descomposición.

Así, la pregunta es qué será de Arafat y su ANP. Se daba por seguro que las organizaciones radicales de la "intifada" nunca provocarían su caída. Pero todo ha llegado demasiado lejos. En palabras del "sheik" Yassin "nunca desencadenaremos una guerra civil entre palestinos". Y, sin embargo, la candente tensión actual ocasiona que se hayan producido ya enfrentamientos de gente palestina contra la policía de la ANP, que detiene a jefes de grupos radicales. ¿Esto busca Sharon?

La población palestina está cada vez más con los radicales y la israelí hace lo propio con Sharon y los partidos gubernamentales que le secundan en apostar por la fuerza. Y ocurre así sin que ningún Gobierno europeo intente de verdad tomar cartas en el asunto. Ante el silencio de todo el mundo. El islámico incluso, que parece anestesiado por la contundencia del golpe norteamericano en Afganistán.

Los estados árabes, especialmente los más próximos, como Egipto, Jordania y Siria, viven con alarma y temerosa sensación de impotencia el desarrollo de los acontecimientos. Hoy se reúne la Liga Árabe. Sería novedad verla salir de su habitual incapacidad de decidir algo efectivo.●



ASTORMUJOFF

bombardeos en Gaza y Ramallah contra lugares de la Autoridad Nacional Palestina. Las bombas han tocado pared con pared la sede donde se encontraba Yasser Arafat. Y, sin embargo, en el conflicto árabe-israelí siempre quedan límites. Ni Israel puede abiertamente acabar con la ANP, ni los radicales palestinos pueden vencer a Israel.

Sharon se acoge a que todo ha cambiado desde el 11 de septiembre. Si Bush ha declarado la guerra mundial al terrorismo islamista, Palestina y Afganistán son el mismo combate. Y la verdad es que el Bush que habló de

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Sharon y Arafat, símbolos de un fracaso

Callejón sin salida o círculo vicioso de la violencia y el horror, la madeja inescrutable del conflicto palestino queda reflejada en el protagonismo de Ariel Sharon y Yasser Arafat. El primer ministro israelí es responsable de la definitiva anulación de los acuerdos de Oslo y de todo el proceso posterior de negociaciones entre Israel y los palestinos, cuyas tierras y ciudades ha atacado sin piedad. Es el general responsable indirectamente de las matanzas de 1982 en Líbano, de los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila.

Y su fama en este sentido la ha superado con creces en la forma expeditiva con que está dirigiendo las represalias contra tierras y ciudades palestinas. Tiene un negro haber de muertos y heridos, de destrucción de viviendas, de asesinatos selectivos de dirigentes de organizaciones radicales a las que se atribuye la responsabilidad de crímenes terroristas en Israel. Súmense destierros: más de mil prisioneros. Un balance cargado para quien fue elegido jefe del Gobierno de Israel en el 2001 y va en camino de ser reelegido en los comicios generales del 28 de enero, después de haber sido designado candidato del Likud el pasado mes de noviembre.

El futuro del conflicto árabe-israelí seguirá pasando, pues, por este "halcón" que no repara en causar daños. No sólo a los palestinos, sino al propio Israel, cuya lucha, hasta ahora a todas luces insuficiente para combatir al terrorismo, supone para el país mantenerse permanentemente en estado de guerra, con un enorme gasto militar, la juventud en armas, una constante inseguridad y la economía en números rojos.

Lo que cuadra poco en este político, a quien no tiembla el pulso en el uso de la violencia, es que al tiempo hable de aceptar en principio la idea de la creación de un Estado palestino. Y, más aún, que después de haber reducido a cero la capacidad de movimientos de Yasser Arafat, prácticamente recludo en



ASTROMUJOFF

su residencia de la Mukata, de quien ha dicho y repetido que siente no haberle hecho matar en Beirut en 1982, ahora diga que no pretende acabar con él ni siquiera políticamente.

La verdad es que ni en los momentos más críticos Sharon ha descartado la idea de negociar con los palestinos. Precisamente parece que su amplia victoria al frente del Likud la obtuvo en gran parte porque su oponente, Netanyahu, proponía expulsar a Arafat y el rechazo total de que pueda existir un Estado palestino. La coalición gubernamental con los laboristas cumplía muy bien el papel de paliar la dureza militar sin renunciar a la esperanza de negociar la paz y conseguir un entendimiento final con la Autoridad Nacional Palestina. La cual, esto sí, tendría que aceptar plazos y modalidades restringidas para la independencia y un gobierno profundamente reformado. Ahora este contrapeso le falta a Sharon y procura suplirlo.

Sharon se sirve de esta combinación del uso del palo —presente e inmisericorde— y la

zanahoria —promesa remota e indefinida— para satisfacer a dos tipos de oyentes. Uno, el llamado Cuarteto Internacional, que se ocupa de la cuestión palestina (Estados Unidos, Rusia, la Unión Europea y la ONU), cuyas propuestas de paz no desea desairar. Y menos al presidente Bush, que le ofrece amparo pero llevando por delante, también, propuestas para la solución del conflicto.

El otro destinatario de la remota opción pacifista de Sharon es el propio pueblo israelí, en el que conviven muy diversos estados de ánimo. A veces en una misma persona. Por una parte, ira y desesperación ante la implacable e inhumana acción del terrorismo, cada vez más dañina y dolorosa, sembradora de desánimo. Pero también deseo de respuestas contundentes según el principio del ojo por ojo y del diente por diente.

Hay sectores israelíes que sólo se fían de la opción militar. Y en llegar hasta las últimas consecuencias. Otros estiman necesario incluso decidirse por la evacuación unilateral del Ejército israelí de Cisjordania y Gaza. Y

muchos sopesan, perplejos y con temor, las dos elecciones. Se sienten inseguros, en constante alarma. Pero suponen que la creación de un Estado palestino no resolvería una situación angustiosa que responde a problemas muy arraigados y profundos.

Las preguntas se multiplican. ¿Han servido de algo los muchos años de negociación? ¿Se obtendría seguridad en la vecindad de un Estado palestino si ya ahora la iniciativa en Cisjordania y Gaza está en manos de los grupos radicales terroristas, que desbordan a la Autoridad Nacional Palestina y actúan criminalmente en cuanto se intuye algún indicio de solución pacífica? ¿Un Estado palestino reconocido internacionalmente no impediría al Tsahal cruzar sus fronteras e intervenir militarmente? Y añádanse razones de otro signo: desde septiembre del 2000, la feroz escalada militar israelí no ha servido de nada. Es más: el conflicto palestino es una despiadada guerra en la que dos pueblos se desangran, cada uno a su manera.

En última instancia, estos dos pueblos sufren de disgregación, como ha escrito Shlomo Ben Ami. Israel es una sociedad heterogénea, social y políticamente. Con firme voluntad de sobrevivir, pero que ha perdido en parte el espíritu de cohesión ideológica y moral de destino común, en cierto modo a causa de las diferencias sectoriales originadas por una economía absorbida por los mecanismos del beneficio y del mercado. ¿Con qué Israel hay que quedarse? Están muy lejos los de 1948, 1956 y 1967. Y en la fuerte, arrolladora personalidad de Sharon se cruzan todas las contradicciones de un pueblo que vive esta diversidad bajo la presión tremenda del conflicto palestino. El problema de Israel está en querer y no querer al mismo tiempo. Y Sharon ofrece

EL CONFLICTO PALESTINO

roza el agotamiento y la
ausencia de visión de futuro
en las dos partes que lo sufren
por igual sin esperanza

por lo menos acción. No se sabe muy bien con qué fin, pero acción.

Queda, en el otro lado, Arafat. Acorralado, fracasado. Se le considera acabado. Pero también símbolo indestructible de la resistencia, a quien el Cuarteto estima imprescindible como interlocutor. Y Sharon le perdona ahora la vida porque le prefiere en su decrepitud a gobernantes de nuevo cuño y más jóvenes, capacitados para ser creídos y obtener autoridad. También por la personalidad del viejo líder pasan todas las desventuras, desavenencias y remotas esperanzas del pueblo palestino, que ha sido llamado a definirse electoralmente el 20 de enero cuando crecen las voces que piden su retiro.

Dos líderes con cartas de muy diferente valor en las manos.

Aunque gastadas. Y precisamente cuando el conflicto palestino desborda de su núcleo originario y se amplía peligrosamente hacia el exterior en hechos como los recientes atentados terroristas de Kenia, que descubren posibles concomitancias con la red terrorista de Al Qaeda, no sólo ideológicas. Precisamente mientras parece cada vez más seguro el ataque estadounidense a Iraq. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

¿La “hoja de ruta”, papel mojado?

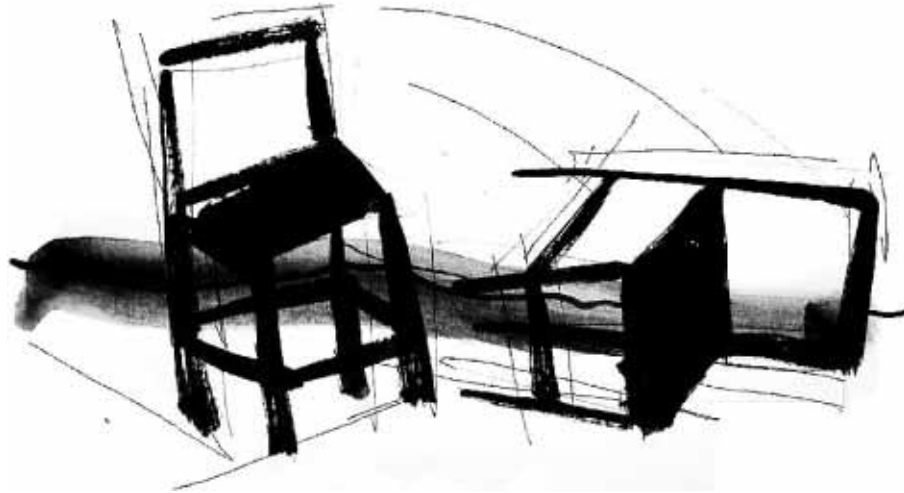
La violencia del conflicto palestino está alcanzando cotas extremas. Los últimos atentados de terroristas suicidas han hecho estragos en Tel Aviv y Jerusalén, y las represalias israelíes se suceden sin piedad. Los asesinatos “selectivos” o intentos fallidos de cometerlos contra dirigentes de las organizaciones radicales palestinas son casi diarios, así como las destrucciones de casas donde habitaban los “kamikazes” inmolados voluntariamente. El jeque Ahmed Yassin, líder espiritual de Hamas, que el pasado día 6 milagrosamente sólo sufrió heridas al estallar en su casa los 250 kilos de una bomba dirigida que fue lanzada desde un cazabombardero israelí, sentenció: “La venganza será inolvidable”. Y en las organizaciones terroristas palestinas se habla ya de dar un salto cualitativo a sus agresiones contra Israel, mediante la destrucción indiscriminada de viviendas de civiles. El jueves pasado, el Gobierno Sharon dispuso perfeccionar planes para deportar a Arafat. Si se cumplieran, llegaría al paroxismo la altísima tensión existente.

Paralelamente a esta violencia recíproca, en el terreno político se ha degradado todo de manera precipitada. Hamas y la Yihad Islámica rompieron ya hace días la “hudna”, la tregua. Y la dimisión del jefe del Gobierno palestino Mahmud Abbas, conocido como Abu Mazen, es el fracaso de un intento de restablecer un mínimo de paz para que fuera posible reanudar las conversaciones, de acuerdo con la línea de la “hoja de ruta” auspiciada por la ONU, Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, en la cual se fijan plazos graduales para de aquí al 2005 poder establecer un estado palestino independiente. Ahora, sin tregua, con la violencia desatada, la “hoja de ruta” aparece como un mapa en que el itinerario marcado no conduce a ninguna parte.

En el difícil propósito de entender por qué se ha llegado a este extremo hay que contar con factores endógenos de la situación palestina por una parte. Por otra, con los que condicionan las decisiones del Gobierno israelí. Y, en la medida que le corresponde, el contexto

internacional. En Palestina es preciso contar con varios niveles políticos, y en cada uno de ellos una diversidad de componentes.

Existen en el seno mismo de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y de la mayoritaria organización Al Fatah que viven una ambigua interacción con las organizaciones radicales. De éstas, las de más peso marcadas con ingredientes de fundamentalismo islamista como Hamas y la Yihad Islámica y otras menores de carácter más laico como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP). Del entramado complejo de esta correlación depende que sea viable comenzar de verdad



ASTROMUJOFF

un proceso de paz. Estas organizaciones extremistas disponen de la llave para que sea o no posible negociar. Especialmente la de mayor implantación popular, Hamas. Y todo gobierno de la Autoridad Nacional Palestina que pretenda de alguna manera encarrilar soluciones negociadas con Israel ha de conseguir, cuando menos, lo que Abu Mazen había alcanzado, una tregua.

Pero la tregua pendía no sólo de las organizaciones radicales, sino también de la misma ANP, de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y, en definitiva, de Al Fatah, entidades todas en las que es determinante Yasser Arafat. Determinante pero inaprensible por el constante recurso a los recovecos de sus subterfugios maniobreríos, el presidente de todos estos organismos partidarios o institucionales, encerrado en la Mukata de Ramallah, donde los israelíes le mantienen asediado desde hace casi dos años, mueve los hilos y juega a varias bandas a la vez, sin excluir

nunca las relaciones más o menos a la vista con las organizaciones radicales que accionan el terrorismo por medio de sus respectivos brazos armados.

Al apoyar el nombramiento de Abu Mazen como jefe del Gobierno palestino, Sharon y Bush esperaban marginar a Arafat, que su presidencia de la ANP pasara a ser prácticamente nominal y simbólica. Pero Arafat no se ha dejado excluir. Incluso sale de la crisis interna de la ANP reforzado en su autoridad. Abu Mazen no era de su agrado en la jefatura del Gobierno, le puso zancadillas y le dejó estrellarse en la misión imposible de dismantelar las organizaciones terroristas y desarmarlas según la exigencia previa impuesta por Sharon, mientras los asesinatos “selectivos” del Tsahal se intensificaban sin tener en cuenta la tregua.

La sucesión de Abu Mazen, seudónimo de Mahmud Abbas, por Ahmed Qurei, conocido como Abu Ala, no parece animar mejores esperanzas. Los dos son de la misma generación de fundadores de Al Fatah y han desempeñado cargos importantes en esta organización, en la OLP y en la Autoridad Nacional Palestina. Ambos son gente rodada en las negociaciones con Israel, ya desde los acuerdos de Oslo de septiembre de 1993. Se les puede situar en una línea de moderación, expresada en el deseo de terminar con la violencia. Ninguno de los dos es popular. Y Abu Ala, rico y socialmente bien situado, tiene la ventaja de ser bien visto por Arafat. ¿Ventaja o inconveniente? Ser más cercano al presidente puede suponer la obtención de su apoyo, pero al mismo tiempo verse obligado a seguir su inagotable conducta sinuosa. Es decir, verse incapacitado como su antecesor al frente del Gobierno para llegar a algún resultado efectivo con iniciativas valientes.

Uno y otro, Abu Mazen y Abu Ala, son en definitiva gente de la vieja guardia de la resistencia, en un momento en que la antorcha está pasando a generaciones jóvenes y organizaciones con menos historia pero capacitadas para la captación de adeptos y la acción política o terrorista sin prejuicios.

Por su parte, el Gobierno Sharon no ha dado facilidades. Las contrapartidas para el mantenimiento de la tregua han sido raquíscas, en la práctica nulas.

Por el contrario, no han cesado los asesinatos “selectivos” con muchas víctimas que no son precisamente terroristas. Ha exigido a Abu Mazen que tomara medidas contra las organizaciones radicales, irrealizables actualmente, y las ha puesto como condiciones obligadas para corresponder con aportaciones verdaderamente pacificadoras. Y en un Israel acometido por el temor al terrorismo se acepta que el Ejército no abandone los territorios de la ANP como garantía de que, cuando menos, se le podrá combatir con la ley del Ta-

EL CONFLICTO PALESTINO

se degrada todavía más por la creciente espiral de violencia y la escasa disposición política para un arreglo negociado

lón, olvidando el origen de la tragedia: que los palestinos combaten contra un ejército ocupante.

El concurso que puedan aportar las instancias internacionales se reduce, en sustancia, a la presión que quiera ejercer la Administración Bush. Pero actualmente la posición de la Casa Blanca está subordinada al asunto de Iraq. Antes de la guerra había la voluntad de trabajar a favor de un estado palestino, aunque sin aclarar demasiado las condiciones de su nacimiento. En Washington incluían este propósito en el contexto de un Oriente Medio remodelado al gusto norteamericano a partir del supuesto de una clara victoria y la subsiguiente pacificación a la americana de Mesopotamia. Esto no ha salido tan redondo. Si un Iraq “normalizado” había de traducirse en el arreglo del conflicto palestino, ahora más bien conviene apoyar al aliado seguro, Israel, y considerar que, en definitiva, este país combate contra formas de terrorismo. Aunque, esto sí, se sigue invocando la validez de la “hoja de ruta” y se da por bueno, en principio, que Ahmed Qurei suceda a Mahmud Abbas. Queda, claro, la incómoda presencia de Arafat, a quien se niega toda confianza. La paz, una vez más, se aleja. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Quien siembra vientos...

Soplan malos vientos para Israel y si nosotros no asumimos la iniciativa sobre nuestro futuro, el mundo lo hará por nosotros". ¿Por qué ahora precisamente habla Sharon de malos vientos para Israel, cuando desde el comienzo de la segunda *intifada*, a finales de septiembre del 2000, no ha cesado en tierra palestina y también en Israel el estado de excepcionalidad, sin ni siquiera un ficticio respiro de paz interina? Sin duda, porque Israel ha actuado sin escrúpulos en una escalada creciente y brutal de violencia en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza aunque este comportamiento no le ha salido de balde. El terrorismo palestino ha mantenido al país en constante alarma. Y le ha obligado a permanecer en pie de guerra. La inseguridad y el esfuerzo militar le han perjudicado económica y moralmente. Sufre una crisis que se traduce en imparable pendiente hacia el aumento imparable de la pobreza, el descenso de inversiones, el desempleo y el malestar colectivo.

Sharon ha promovido una política implacable de represalias contra el pueblo palestino. Ha sembrado la muerte y la destrucción. Ha impedido que se desarrollara con normalidad la sociedad civil. Y ha mermado la vigencia de la autoridad autónoma que se creó en 1994. Pero esto, a su vez, no ha aportado paz, tranquilidad, sosiego y buen orden a la sociedad israelí. Antes bien al contrario.

En tres años, desde que se rompieron las negociaciones auspiciadas por el gobierno Barak, el diálogo permanece cortado. De poco han servido esporádicos contactos directos o indirectos entre las dos partes. Tampoco el empeño internacional, concretado en la formación del grupo constituido por la ONU, la Unión Europea, Estados Unidos y Rusia, el conocido como *cuarteto* que elaboró un plan de paz, la tan aireada como estancada hoja de ruta.

Mientras tanto, las dos partes en liza se han hecho respectivamente muchísimo daño, en un terrible proceso de desgaste recíproco. Israel, queda dicho, está perdiendo la estabilidad necesaria para un desarrollo político, social y económico a la altura de sus grandes capacidades. Se degrada sin cesar. Y Palestina ha sufrido procedimientos tan sistemáticos y cruentos de destrucción física, social, política,

económica y de segmentación territorial que vive en suma postración.

Sharon creyó que con el fuego de los tanques y los helicópteros militares, los asesinatos selectivos o las matanzas indiscriminadas iba a imponer la paz de los muertos en Cisjordania y Gaza. Y, ciertamente ha conseguido que estos territorios se encuentren en un lamentable decaimiento y caos. Pero sin que esto repercuta en beneficio de Israel, que sigue atado a la soga del conflicto de los territorios ocupados.

"Lo que no hagamos por nosotros mismos lo hará el mundo", ha dicho Sharon ¿Pero



ASTROMUJOFF

qué se trata de hacer? "Nuestra paciencia tiene un límite", ha afirmado también, con el descaro en forma de franqueza de que suele servirse. De estos convencimientos surgió en la mente del primer ministro israelí la idea de que había que utilizar una doble estrategia. Por una parte, golpear duramente en Palestina, crear allí el desánimo, la coacción del miedo y la inhibición del dolor. Por otra, comenzar una política para desasirse de ella, aislarla, dejarla que se cueza en su miseria, cuartearla y emparedarla como un inmenso gueto. De ahí la construcción del muro de separación. Y, el propósito manifestado de retirarse de Gaza, el gran explosivo humano. Sin en-

trar, de momento en qué habrá que hacer con Cisjordania, donde el número crecido de asentamientos judíos, su rendimiento y población recomiendan un tratamiento mucho menos drástico.

Si el primer ministro israelí considera que ahora soplan malos vientos para Israel, que tantos ha conocido sobradamente nocivos, es porque en el interior del país la oposición a abandonar Gaza se encrespa y le ha dejado ya en minoría en la Knesset (Parlamento). Lo cual le obliga a negociar la formación de un gobierno de coalición con los laboristas. Y, en el exterior, la guerra de los estadounidenses en Iraq no se resuelve, por ahora, con los contundentes efectos disuasorios que los israelíes esperaban para toda el área de Oriente Medio.

Se añaden contrariedades internacionales que en otras circunstancias el Gobierno israelí hubiera despreciado olímpicamente. Ahora la sentencia del Tribunal Internacional de La Haya que exige poner fin a la construcción del muro crea un especial malestar, aunque ella no sea vinculante y esté asegurado el veto norteamericano a toda resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que intente convertirla en mandato legal.

Pero preocupa que en la Asamblea de las Naciones Unidas Israel haya quedado aislado ante una declaración condenatoria, aprobada casi con la única excepción de Estados Unidos. Particularmente duro ha sido para Israel verse sometido a la unanimidad recriminatoria de los 25 estados miembros de la Unión Europea, en plena concordancia con los países árabes.

Por si fuera poco, el reciente atentado en el que ha muerto una joven soldado israelí, después de un periodo bastante largo sin actos de terrorismo, pone en duda que el conflictivo muro vaya a servir de algo. Y las milicias del Hezbollah libanés han vuelto a atacar en la frontera norte.

En estas circunstancias, a Sharon sólo le favorece que en el lado palestino la desintegración hace estragos. Arafat acogió la sentencia del Tribunal de La Haya como la "victoria del pueblo palestino". Pero tal vez sea una victoria pírrica porque la Autoridad Nacional Palestina que preside está sumida en el mayor descrédito y el *rais* pierde carisma.

Los dos años largos de encierro de Arafat en la Mukata de Ramalah a que le ha someti-

do Sharon han hecho el efecto que éste deseaba. Al mismo tiempo, el trabajo demoledor practicado por los israelíes, especialmente en la franja de Gaza, está ocasionando algo muy esperado por Sharon: que las diferencias entre los mismos palestinos se conviertan en enfrentamientos violentos. El régimen de Arafat se cuarteja. En parte podrido por la corrupción, el clientelismo y el nepotismo descarados de los dirigentes mientras jóvenes fanatizados buscan la purificación del martirio, convertidos en hombres bomba.

Arafat ha impedido sanear y asentar una administración palestina fiable y ha puesto siempre por encima de todo la preservación de su autoridad. En gran parte por esto, actualmente asiste a la descomposición del país que preside. En Jan Yunes, Rafah, Beit Hanún y Gaza capital se han producido choques entre milicianos y policías, o policías

TANTO A SHARON COMO a Arafat les corresponde su parte de responsabilidad en los críticos momentos que les abrumen respectivamente

contra policías. Ha habido asaltos a cuarteles y comisarías, secuestros y atentados. El *rais* le hizo la vida imposible a Abu Mazen, la primera personalidad palestina que ocupó el puesto de jefe del gobierno. Se indispuso con jefes con dotes de mando como Jibril Rajub y Mohamed Dahlan. Mantuvo un caos de trece servicios de seguridad para manejarlos a discreción. Y en estos días Ahmed Qurei, que sustituyó a Mazen como primer ministro de la ANP, se resiste a mantenerse en el cargo en el que muchos palestinos no le quieren.

No se descarta que detrás de esta revuelta esté el citado Dahlan, bien visto por Israel, Estados Unidos y Egipto que desde hace tiempo trabajan conjuntamente para que se realice favorablemente a sus deseos la evacuación israelí de Gaza, en mengua de la autoridad de Arafat y también de las organizaciones extremistas. Y orillando a Europa.

De momento, sin embargo, vienen a cuento las palabras de Ariel Sharon. Para él y para Yasser Arafat. Quien siembra vientos, recoge tempestades.●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Israel, puesto a prueba

Israel proyectó hacia fuera durante mucho tiempo la imagen de unión forjada, valiente y esforzadamente, por un pueblo que venía de padecer el horror del holocausto y se aplicaba con honrosa tenacidad en abrirse un espacio de vida en común con dinamismo creador e inteligencia. Y que enseguida tuvo que asumir valerosamente y endurecerse en cuatro guerras con los estados árabes vecinos que rechazaban su existencia como Estado, reconocida legalmente por la ONU en 1947.

Las luchas de Israel fomentaron una visión simplificadora deformante en el imaginario internacional. Porque no hay un solo Israel sino varios. Hubo durante años el Israel del retorno de los askenazis procedentes de Europa, especialmente la oriental. Rusos, polacos, bálticos. Los Ben Gurion, Golda Meir. El laborismo, el aura del idealismo comunitario colonizador de los kibutzs, de la poderosa organización sindical del Histadrut, protectora eficaz de los derechos del trabajo. Era el Israel de la tradición ideológica sionista.

Este Israel creativo y sobrio se fue haciendo más heterogéneo y con problemas de integración a medida que la población sefardí iba afluyendo, procedente de los países árabes y de la cuenca mediterránea. Más adelante llegó la inmigración de la Rusia postsoviética. El predominio laborista tuvo el contrapeso creciente como fuerza de gobierno de la derecha ultranacionalista del Likud, al tiempo que Israel iba entrando decididamente en la desregulación de una economía capitalista que creó incómodas diferencias sociales.

Desde la guerra de los Seis Días, en 1967, la ocupación de la Palestina árabe, los territorios que para los israelíes son Judea y Samaria, añadió un nuevo factor social y político: el de los colonos judíos que de manera imparable fueron estableciendo en Cisjordania, Gaza y los altos del Golán una espesa red de asentamientos, cultivos y entramado de comunicaciones. Como si hubiera un núcleo histórico del Estado creado en 1948 y otro periférico en expansión.

Israel se acercaba así a la consecución de su más remota dimensión histórica: el llamado Gran Israel, el bíblico. Los dos levantamien-

tos palestinos, las *intifadas* de 1989 a 1993 y la que comenzó en el 2000 alteraron esta confiada afirmación de la propia identidad. Era una nueva situación que colocaba de nuevo a Israel ante grandes preguntas. ¿Qué es Israel? ¿En qué límites territoriales, en qué combates contra un pueblo ocupado ilegalmente, el palestino, puede alegar que defiende algo propio? ¿Ha de sacrificar los principios origina-



ASTROMUJOFF

rios de comunidad con acentuadas desigualdades?

Una sociedad israelí mucho más compleja que la de los primeros tiempos respondió a estas preguntas procurando por todos los medios dar largas al asunto, esperando que el tiempo jugara a su favor o bien alternando bruscos bandazos entre la aceptación de procesos de negociación con los palestinos y el recurso a la brutal violencia represiva. En cada opción por uno u otro de estos caminos, la vida política, la cohesión nacional, hasta la estabilidad económica y social sufrían desgarramientos. Entre el 2000 y el 2001, el fracaso de la vía negociadora del gobierno Barak y la subida al poder del Likud con el gobierno de Sharon marcaron un punto de inflexión. Israel parecía apostar decididamente por la fuerza y el ahogo y la destrucción del autogobierno palestino. Sharon y Arafat daban la impresión

de personificar un punto de no retorno.

La muerte del presidente palestino dejó prácticamente la iniciativa en manos del combativo jefe del gobierno israelí. Si decidió la retirada de la franja de Gaza fue porque creyó que podía permitírselo, dueño como era de la situación frente a una débil Autoridad Nacional Palestina, acosada por las organizaciones radicales integristas y menguada incluso por las facciones hostiles en el seno mismo del partido gubernamental Al Fatah.

Pero precisamente la evacuación israelí de la franja de Gaza dio ocasión a que se exacerbaban las tensiones en Israel que venían incubándose desde hacía tiempo. Entre el núcleo originario del Estado y los colonos en tierras palestinas; entre el nacionalismo derechista o ultrarreligioso y los sectores pactistas. Para muchos, Sharon ha pasado de ser el garante de la defensa nacional a un vendepatrias. Se encuentra con dificultades en su propio partido, el Likud. Y su hijo Omri está acusado judicialmente de corrupción.

Para proceder a la delicada operación de evacuar Gaza, Sharon se blindó formando coalición gubernamental con los laboristas. Venía a ser como un bloque de unión nacional para hacer frente a la movilización de las fuerzas opositoras. Pero ahora este refuerzo político se derrumba. La alianza Sharon-Peres pierde pie porque el líder laborista acaba de ser derrotado como presidente de su partido. El viejo Israel de los grandes forjadores del país se desdibuja al aflorar un Israel diverso con la defenestración del incombustible Shimon Peres por Amir Peretz, un sefardí, formado en las lides sindicales laboristas del Histadrut, que exige la paz como condición para eliminar los desniveles sociales del país. Y anuncia que va a deshacer la coalición de los laboristas con un Likud a su vez desorientado y posiblemente abocado a la escisión interna, mientras el mismo laborismo puede fraccionarse. ¿Qué posibilidades tendría la formación de un nuevo partido encabezado por Sharon y Peres?

Se irá a las anunciadas elecciones anticipadas con la esperanza de que en ellas aparezca el verdadero rostro del Israel actual. El dibujo de su cartografía social y política en que se exprese el peso real de los colonos de Cisjordania;

la fe de las nuevas generaciones en la paz con Palestina. O, por el contrario, la obstinada resistencia a aceptar lo que es de justicia.

De hecho, viene a ser el regreso de Israel al punto de partida después de un largo y accidentado periplo. La entrada inesperada en el primer plano de la escena política de un dirigente sindical sefardí puede suponer por una parte el agotamiento de la tradicional cantera de promoción de la clase política; por otra, la llegada a ésta de voluntades colectivas marginadas.

Condoleezza Rice, secretaria de Estado norteamericana, ha impuesto el desbloqueo de la

LA DECAPITACIÓN

política de Peres es expresión

de la crisis de identidad

israelí en un momento

político muy delicado

franja de Gaza. La apertura de sus fronteras, sobre las cuales Israel tendrá un control relativo, compartido por los palestinos y bajo la supervisión de observadores internacionales. Así se espera que Gaza deje de sufrir las condiciones de un gueto de miseria y degradación, entregado a luchas fratricidas. Habrá que ver en qué medida se cumplen estas previsiones. Para Israel son novedades que le sorprenden en un momento difícil, cuando precisamente le convendría tener muy claro lo que debe hacer y disponer de un gobierno fuerte para ponerlo en práctica.

La crisis actual no le ayuda a hacerlo, y se trata de una deficiencia muy de fondo. Porque responde, en palabras de Shlomo Ben-Ami, a que "Israel no es un pueblo sino numerosos pueblos: judíos y árabes, ultraortodoxos y religiosos nacionales, tradicionalistas, laicos y miembros de comunidades étnicas, orientales, inmigrantes, askenazis". Con un "peligroso potencial explosivo de las distancias entre laicos y religiosos, judíos y árabes, pobres y ricos, centro y periferia". La aparición en discordia de Amir Peretz puede ser el detonante capaz de hacer explícita la realidad de estos extremos. La problemática existencia de títulos de identidad que Israel arrastra en el curso de su accidentada peripecia de cincuenta y cinco años de existencia.●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

El drama palestino

Regía en los distintos grupos políticos y armados palestinos un principio frecuentemente repetido: "Nunca combatiremos entre nosotros. El enemigo es Israel". Esta norma de honor se ha roto. Gaza y Cisjordania están al borde de la guerra civil. ¿Se ha dado el paso fatídico? Hamas y Al Fatah están muy cerca de la autodestrucción, el mayor daño para un pueblo que tanto ha sufrido contra él los mayores excesos de agresividad. E Israel contempla como una larga y cruel tarea de desintegración de Palestina parece haber entrado en su culminación en manos de los propios palestinos. Ni las potencias occidentales, ni los estados árabes o islámicos –tampoco Rusia o China– parecen todavía dispuestos a hacer algo de verdad para acabar con el drama palestino.

Caben todas las previsiones que se quiera de un Israel amenazado por Irán. Pero, de momento, el pueblo que se desangra, que se descuartiza, que se ahoga bajo la presión de Israel y por la propia, cainita apertura de hostilidades es el pueblo palestino. Un destino trágico. En cuyo origen está la creación de Israel. A partir de entonces Palestina ha sido víctima, cada vez más, de un permanente fraude. A consecuencia del cual, ser palestino ha supuesto las más dolorosas e injustas maneras de sufrir la alteridad. Serlo sin serlo, puesto que nunca fue creado el Estado propio que según la resolución de las Naciones Unidas debía constituirse junto al de Israel.

Dos fechas señalan especialmente esta situación de extraños fuera y dentro de su patria: 1948 y 1967. En la primera, las naciones árabes vecinas del recién creado Estado de Israel le atacaron para conseguir lo que Ahmadineyad propone actualmente: aniquilarlo. No lo consiguieron. Por el contrario, ocasionaron el primer gran éxodo de árabes palestinos que abandonaron su tierra y sus casas por huir del dominio israelí. Este exilio tomó dos direcciones: hacia otros países árabes o hacia la Palestina no israelí, entonces incorporada al reino jordano.

De hecho nacía para centenares de miles de palestinos una doble experiencia del destierro: fuera de la tierra palestina, en el extranjero; y en la Palestina que queda fuera de los límites de Israel. Según como, ésta es la más desconcertante y frustrante. ¿Puede haber algo

más deprimente, humillante que ser desterrado, como extraño entre tu propia gente? La miseria, la despersonalización, la desesperanza de los miles de palestinos recluidos en los campos de refugiados que proliferan en Cisjordania y Gaza son en buena parte la raíz del drama de Palestina. Allí se han alimentado mayormente el rencor y la ira de las *intifadas* contra Israel; allí el integrismo islamista, allí la sublimación ideológica del martirio de los jóvenes autoinmolados en actos de terrorismo.



ASTROMUJOFF

En 1948 está el comienzo del drama palestino. En 1967, el de su deriva hacia la tragedia. Hasta esta segunda fecha, ser árabe palestino era, para los que se quedaron en Israel, ser ciudadanos de segunda o de tercera clase en una patria que propiamente no era la suya. Para los que huyeron, suponía la condición de refugiados. Unos, ajenos en tierra ajena; otros, de alguna manera también ajenos pero en tierra que es propia.

En todos estos casos se trata de alguna manera de alteridad, de enajenación, creadora casi siempre de resentimiento, de rebeldía o de postración. En la Palestina árabe a esta anomalía se añaden otras. El contraste entre la población sobrevenida y la desde siempre asentada en Cisjordania y Gaza. Y, en ambas, las crecientes desigualdades sociales. So-

bre esta realidad, ya de sí conflictiva, se añadió la que en 1967 supuso la ocupación israelí, otra forma de desnaturalización, de alienación. Los levantamientos populares contra la ocupación israelí, las *intifadas* de 1987 a 1993 y desde el 2000 fueron respuestas contra todas estas situaciones de negación de la identidad. Las *intifadas* abrieron a la vez la esperanza de recuperarla y la desesperación de verla ahogarse repetidamente por la agresividad dominante de Israel. Por una parte, los acuerdos de Oslo de 1993 dieron paso a un largo proceso negociador que desembocó en la creación de una Autoridad Nacional en territorio palestino. Pero, por otra parte, el cumplimiento de estos acuerdos fue tan lento como descorazonador y, de hecho, acabó en duradero recurso a la violencia que dio paso a la larga y despiadada represión israelí.

Fueron tiempos que fomentaron nuevas contradicciones entre los palestinos. La misma Autoridad Nacional Palestina, encabezada por Arafat, nació de acuerdos concertados bajo amparo internacional, alcanzados entre Israel y la resistencia exterior de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) que consiguió volver a Palestina como poder gracias a la lucha popular interior: la *intifada*. La gente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) nunca hizo lo que se esperaba de ella: la recuperación de todos los territorios ocupados por Israel, la plena independencia y ni siquiera una administración eficaz y honesta. Israel tuvo en esto su parte, pero no siempre toda.

Mientras tanto, las *intifadas*, la brutalidad de la represión israelí, el desencanto y la ira propiciaron el nacimiento y creciente implantación sobre el terreno del integrismo islamista, principalmente en dos movimientos con sus respectivos brazos armados: Hamas y la Yihad Islámica. Mayoritaria la primera. Era otra manera de ser palestino, de buscar imponerla, sobre todo volviendo al rechazo radical de la existencia de Israel y, por tanto, en desacuerdo con las oscilaciones, las componendas, las ambigüedades de la ANP y su núcleo político, Al Fatah, procedente de la resistencia exterior en el seno de la OLP. Un grupo predominante que, a su vez, adquirió una vertiente radical terrorista contra Israel es su brazo armado, a raíz de la segunda *intifada*, las Brigadas de Mártires de Al Aqsa.

Bien pronto Hamas y Al Fatah se supieron

incompatibles, extraños entre sí. Mientras vivió Arafat su carisma, la autoridad que le daba ser el líder histórico de la resistencia contra Israel, le permitieron mantener un cierto equilibrio entre las partes, evitar el enfrentamiento abierto. De ahí sus manejos, sus componendas que tanto contribuyeron a su indeterminación respecto a los tratos con Israel. Por esto, porque jugaba entre el sí y el no respecto al terrorismo y, de alguna manera, impedía el estallido abierto de las diferencias entre los integristas de Hamas y la Yihad Islámica con Al Fatah, Sharon le asedió en la Muqa-

LA LARGA HISTORIA

de frustración, injusticia

y violencia sufrida por

los palestinos les lleva

a la lucha entre ellos

ta de Ramala hasta que la muerte le quitó de en medio.

Despejado este obstáculo, la retirada israelí de Gaza encendió en este territorio el polvorín donde todos los conflictos internos palestinos iban a arder. Dos consultas electorales, la que convirtió a Mahmud Abas, cofundador de la OLP, en presidente de la ANP, y la que ha llevado a Hamas al Gobierno encabezado por Haniye, polarizan la discordia que en la calle es creciente lucha armada. Reina el caos. Existen hasta 25 grupos en los que violencia política y vandalismo se confunden. Mientras, el Gobierno israelí ya no necesita siquiera hablar de retirada, de independencia de una Palestina cuarteada, asfixiada angustiosamente por el cese de las ayudas internacionales y el pago de los impuestos aduaneros por parte de Israel. La miseria se extiende. El paro alcanza en Gaza al 70 por ciento. Miles de funcionarios no cobran su salario. Todo se paraliza.

Y si Hamas recibe ayuda de Irán y, según se dice, negocia la presencia de grupos terroristas pakistaníes, Estados Unidos arma a las fuerzas del presidente Mahmud Abas y, también, parece propiciar la formación de gente armada foránea en Jordania. Palestina podría entrar así en la creciente cadena de enfrentamientos entre árabes que se vive en Iraq y Líbano. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Israel-Palestina, pozo amargo

Degradación. ¿Hay otra palabra que se ajuste mejor al estado en que se encuentra el inacabable conflicto israelí-palestino? Podríamos también hablar de desintegración, abismo moral, envilecimiento, vergüenza. Es verdad que son términos ya gastados a fuerza de usarlos con relación a esta iniquidad de tantos años. Siempre parece que se ha tocado fondo. Pero no. Existe un todavía más. Es el gran pozo hediondo, el escándalo que el mundo ve como si se tratara de una fatalidad que a nadie salpica.

Y, sin embargo, allí, en las tierras triplemente sacras de lo que fueran Judea, Samaria y Galilea, la tragedia y las maneras más deshonorosas del cainismo y el oprobio se intensifican como un inevitable, gradual descenso a los infiernos. Es una degradación a dos bandas. En Palestina; en Israel. Como si el suicida abrazo en la discordia uniera en un mismo destino a dos pueblos cuya fe religiosa monoteísta tiene como antepasado a Abraham.

A las cuatro guerras habidas entre el Estado de Israel creado en 1948 y los vecinos árabes que no reconocían su existencia, todavía cabía dotarlas de un cierto halo de gesta. La sombra del holocausto permitía a Israel presentar-

UNA LARGA Y TRÁGICA
historia de opresión y revuelta
une en el abrazo de la discordia
a israelíes y palestinos y les
lleva a la degradación

se como defensora de una identidad humillada durante siglos que luchaba por la supervivencia de un Estado creado bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Y la lucha de las naciones árabes contra Israel era la reivindicación ante la injusticia de que se hubiera consentido el asentamiento en tierras árabes de una depredadora cuña judía. Valía aún el recuerdo del engaño de las potencias occidentales, vencedoras del imperio otomano en la Primera Guerra Mundial, que escamotearon la creación de una gran nación árabe e impusieron la fragmentación en estados nacionales para mejor ponerlos bajo su dominio.

Las sucesivas victorias de Israel reforzaron

su orgullo nacional. En los estados árabes crearon resentimiento vindicativo. Pero era la guerra. Ejército contra ejército. Aunque crecía entre los árabes, amargo, el sentimiento de ser traicionados, otra vez, por Occidente.

La primera *intifada* palestina, en los años ochenta, alteró esta situación. Era la rebelión contra el ocupante por parte de los palestinos. Una revuelta popular, noble. Una lucha desigual de jóvenes desprotegidos contra el ejército más poderoso de Oriente Medio. Soldados y tanques contra una población civil que reclamaba ser libre, disponer de sí misma, el fin de una ocupación contraria a las disposiciones reiteradas de la ONU.

Vinieron después años de esperanzas sistemáticamente desmentidas. Los acuerdos de Oslo de 1993, la creación de la Autoridad Nacional Palestina bajo la presidencia de Yasir Arafat. Repetidas negociaciones que debían acabar en el establecimiento de un Estado palestino. Una y otra vez, el desencanto, la frustración. Por esto, la segunda *intifada* en el 2000. Y, a partir de ella, la violencia imparable. El crecimiento de las organizaciones integristas musulmanas, especialmente Hamas. Terrorismo palestino en Israel. Y la escalada de la violencia israelí. Un ejército no ya en guerra, sino empleado de manera brutal y poco honrosa en el ejercicio de represión sin ajuste a ley ninguna. Indiscriminada. Arrasamiento de viviendas, fuego de tanques y helicópteros sobre población desarmada, mujeres y niños incluidos. Detenciones en masa. Traslados forzosos de población. Luego, asesinatos selectivos, secuestros, controles militares en las vías de comunicación de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo. Inacabables, humillantes.

La decisión de Ariel Sharon de evacuar Gaza fue una engañosa, páfida trampa. Se fueron los colonos judíos. Pero quedan 1.700.000 árabes, 800.000 de ellos sumidos en la pobreza, en un 60 por ciento parados. Muchos sin luz, sin agua corriente, sin acceso a medicamentos. Atrapados, encerrados por la fuerza militar israelí en un reducido espacio. Sucio y envenenado caldo de cultivo que lleva al infierno.

Muerto Arafat, quedaba abierto el campo

de la discordia violenta y el odio entre las facciones. Y el Sharon en inacabable estado de coma parece estar extrañamente presente para asistir sin saberlo al resultado lamentable e ignominioso de su obra. En Gaza reina el caos. La lucha entre Hamas y Al Fatah se aproxima a la guerra civil. Tal vez al asalto del poder por los integristas. Se ha roto el principio que prevalecía bien que mal en tiempos de Arafat: nunca pelear entre nosotros, el enemigo es Israel.

La elección de Mahmud Abas como presi-



ASTROMUJOFF

dente de la OLP en el 2005 suponía la continuidad del legado de Arafat. El predominio de Al Fatah. Hasta daba pie a alguna esperanza de reanudación de los contactos con Israel. De busca de algún camino hacia la paz. Pero las elecciones del 25 de enero del 2006 dieron la victoria a Hamas. Ismail Haniye formó Gobierno. Y Al Fatah no aceptó el veredicto de las urnas. La cohabitación del presidente Abbas con un Gobierno de Hamas era inviable en el contexto del enfrentamiento entre el nacionalismo árabe y el integrismo islamista. Algo que se inscribe de manera alarmante en el aviso del rey Abdulah de Arabia de que "el mundo árabe se encuentra a punto de estallar". Tanto Israel como las potencias occidentales no sólo negaron el reconocimiento al nue-

vo Gobierno sino también las ayudas, lo que agravó la situación. El mismo monarca saudí ha tomado iniciativas para impedir los efectos que podrían ser explosivos del estallido de una guerra civil palestina en un Oriente Medio donde el desastre de Iraq, la inquietante situación de Afganistán, el comportamiento provocativo de Irán, las discordias en Líbano, la tensión entre islamistas y laicistas en Turquía y la incertidumbre que se cierne sobre el presidente Musharraf de Pakistán amenazan con lo peor. El rey Abdulah consiguió de Mahmud Abas y de Ismail Haniye la formación de un Gobierno palestino de coalición. Pero

los choques entre Hamas y Al Fatah se repiten. Una diversidad de milicias de partido y de fuerzas oficiales con miles de hombres en armas, amén de grupos cercanos a la delincuencia se apoderan de la calle. La tregua con Israel se ha roto.

Es, en Palestina, el todos contra todos en un clima generalizado de desintegración. Y el descrédito de un Israel cuyo ejército perdió la estima el verano pasado en Líbano contra Hizbullah, mientras en tierra palestina sigue enfangado tozudamente en una tarea degradante de opresión con el recurso demasiado frecuente a detenciones ilícitas temporales, a malos tratos y vejaciones, a torturas, a arbitrariedades de todo orden contra la población civil. Al tiempo que más de once mil prisioneros palestinos llevan años en cárceles no precisamente modélicas.

La descalificación moral cae sobre el Gobierno israelí. La comisión Winograd se ocupa de las responsabilidades por el fracaso en el Líbano meridional. Están en curso denuncias de corrupción e ilegalidades. Afectan al primer ministro Olmert y a otros miembros del gabinete. Hasta el presidente Katzav tuvo que dimitir por abusos sexuales. La ministra del Exterior, Tzipi Livni, pidió el día 2 el cese de Olmert y cien mil manifestantes lo exigieron el día 3 en las calles de Tel Aviv. El ministro de Defensa, el laborista Peretz, puede ser desbancado en el próximo congreso de su partido. La persistencia en la injusticia pasa cuentas. La devaluación moral hace estragos. Y el Estado israelí busca como sea dónde encontrar judíos, sean o no de pura cepa, para que no se agote la *aliya*, el retorno a Israel, que le es imprescindible y está en trance de acabar.●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

La violencia asimétrica israelí

Equiparar el sufrimiento, los daños padecidos por el pueblo palestino con los de la ciudadanía de Israel ha sido siempre improcedente. Mucho más invertir los términos de víctima y victimario. Divide a las dos partes un conflicto envenenado. Pero el reparto de responsabilidades por igual sobrepasa los excesos de la toma de partido. Hay un mal de origen que no lo permite. Israel es un Estado democrático, legítimo, puesto que nació, pronto hará sesenta años, por una resolución de las Naciones Unidas. Pero ni estas válidas credenciales ni las de su eficiencia probada como sociedad a la altura de la modernidad creativa en una amplia variedad de campos culturales y científico-técnicos autorizan a concederle un visto bueno respecto a la manera como ha abordado y aborda la cuestión hiriente de sus vecinos palestinos. Hacerlo no ayuda, antes agrava toda aportación a un posible arreglo del más antiguo de los conflictos de nuestro tiempo.

Atribuir la responsabilidad que corresponda a cada parte es imprescindible. Aunque obliga a penetrar en un laberinto casuístico, ligado a una espesa trama de intereses o a posiciones ideológicas, a veces con el paso cambiado. Lo cual da lugar en algunos casos al establecimiento de una simetría que no existe. O de una asimetría inapropiada en el conflicto entre Israel y los palestinos desde la ocupación en 1967 de Cisjordania, Gaza y la mitad de Jerusalén. Desde aquella fecha no ha habido igualdad, no ha habido justicia. Y si en dos levantamientos contra la ocupación militar israelí —las *intifadas* de 1987 y del 2000— los palestinos abrieron el terrible y creciente suceso de la rebelión y la represalia, no es de recibo cargarles encima con el far-

do de la culpabilidad. A pesar de sus muchos errores y despropósitos. Y así se hace patente en estos días con el ominoso bloqueo israelí de la franja de Gaza, que sume a 1.500.000 palestinos en grave postración.

La ocupación militar es, por sí misma, violencia. La colonización amparada en ella, más. Y la violencia llama a la



ASTROMUJOFF

violencia. De ahí el nacimiento del terrorismo palestino. El reconocimiento de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) bajo la presidencia de Arafat y el proceso intrincado de negociaciones palestino-israelíes desde los acuerdos de Oslo de 1993 toparon tozudamente con un escollo: Israel pudo llegar en el 2000 hasta propuestas bastantes ajustadas para la paz. Pero siempre, siempre

con la convicción de que se hacían concesiones (¿sobre qué derechos?); de que los palestinos habían de aceptar condiciones. Es decir: nunca el cumplimiento entero de las resoluciones de la ONU, la retirada total e incondicional de los territorios ocupados. Premisa que ha provocado dos tipos de tendencias palestinas: la de aceptar la paz a cambio de ceder derechos a Israel o resistirse tenazmente a hacerlo.

Durante demasiados años esta dicotomía ha provocado, por una parte, el aumento de la agresividad palestino-israelí; por otra, la desintegración interna y al fin la hostilidad abierta de radicales y pragmáticos entre los palestinos, actualmente hecha clamorosa realidad en la división entre la Gaza en manos de Hamas y la Cisjordania gobernada por el presidente Mahmud Abas, de Al Fatah.

Ariel Sharon extremó hasta el paroxismo los métodos para degradar los territorios ocupados —y devaluar a la ANP— sin detenerse en la utilización inhumana de la fuerza. Y, a la vez, provocó así la huida hacia delante de las organizaciones radicales. El terrorismo palestino en ciudades israelíes encrespó de forma exacerbada esta apuesta, ocasión para que Israel presentara como legítimas todas las prácticas de asesinatos indiscriminados o selectivos y de ahogo de la población palestina.

Fue así posible acreditar el victimismo israelí y la represión en Palestina como legítima defensa. El terrorismo islamista internacional (Al Qaeda, etcétera) facilitó identificar con este la criminalidad terrorista sufrida por Israel, con la consiguiente obtención de la justa condena de las instancias internacionales. Sin embargo, tampoco cabía hablar de reciprocidad. Porque la acción devastadora del ejército israelí en Palestina, la cantidad de muertos y heri-

dos ocasionados nunca fueron ni de lejos proporcionados al número de víctimas de los atentados de los *shahids* (*mártires*) palestinos en Israel.

No hubo paralelismo. Y menos lo hay ahora, cuando ya el terrorismo palestino no actúa en Israel, aunque implacablemente se disparan desde Gaza cohetes y morteros contra localidades fronterizas israelíes. La cantidad de muertos y heridos por estos ataques en varios años no llega a veinte. En cambio los tanques, helicópteros y misiles israelíes en Gaza, en respuesta a estas agresiones, sólo en el pasado día 19 ocasionaron 36 muertos, entre ellos diez civiles. Y diecinueve el domingo 20.

Con todo, hay más. El despiadado blo-

No hay proporción entre la agresividad sufrida por los palestinos y la padecida por la ciudadanía de Israel

queo a que es sometida Gaza mediante cortes de suministros de agua, electricidad, medios sanitarios y suministros de petróleo, gas y alimentos coloca al millón y medio de habitantes de la franja al borde de una catástrofe civil. El desbordamiento del cerco que se ha producido en Rafah en esta semana ha sido posible gracias a una hábil actuación de Hamas para que se haga visible ante el mundo la desesperación de un pueblo puesto a prueba hasta límites insostenibles que sale en busca de bienes elementales de supervivencia. Acto pacífico, pero que en algún momento puede adquirir naturaleza de incontenible envite para Israel y agravar la problemática coexistencia actual de dos entidades territoriales y políticas palestinas opuestas. Un peligroso efecto más de la asimetría de la violencia en el conflicto palestino-israelí.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

Gaza, ciénaga y laberinto

Los años épicos de las guerras de Israel contra varios estados árabes a la vez quedan muy lejos. Faltan las grandes figuras militares o políticas que protagonizaron la lucha por preservar la independencia obtenida legalmente por disposición de la ONU. Faltan —con sus luces y sombras— los Ben Gurion, Golda Meir, Moshe Dayan, Isaac Shamir, Isaac Rabin. No se producen hazañas bélicas fulminantes como la guerra de los Seis Días. El Tsahal dista de poseer aquella aureola de ejército invencible, capaz de realizar acciones sorprendentes, de obtener victorias fulminantes y claras. Se podía opinar sobre la oportunidad o la inoportunidad de la existencia del Estado de Israel, pero se le hacía la guerra abiertamente y la respuesta era igualmente abierta y de frente. Había algo de epopeya en aquel pueblo que se afirmaba en la tierra que consideraba merecer después del holocausto.

1948, 1956, 1967, hasta 1973. ¿Cuándo comenzó esta historia a enturbiarse, a perder grandeza, aunque cupiera verla como injusta? ¿Cuando dejó de tratarse de David contra Goliat para mutarse en un Goliat abusivo y de malos usos contra un enemigo con cuyo combate no se escribían páginas de historia en grande sino una sucesión de hechos de mezquina desproporción, de abuso, o de intercambio de miserables agresiones?

Sin duda lo cambió todo la guerra de 1967. La conquista de Cisjordania, Gaza, Jerusalén, el Golán. Y, como consecuencia, los levantamientos palestinos, las intifadas de 1987 y el 2000. Fue el comienzo de la escalada. Y no fue nunca más una guerra entre estados, entre ejércitos. Comenzó en paralelo un pro-

ceso agotador de búsqueda imposible de una paz verdadera junto a las revueltas palestinas y los procedimientos cada vez más brutales de represión. Y a partir del 2000, las mil maneras del despiadado terrorismo palestino y las formas violentísimas israelíes de devolver



ASTROMUJOFF

cen golpes por cada uno. La guerra sucia. La guerra a la que no se puede dar nombre de tal. Ni siquiera de resistencia, de guerrillas. ¿Qué guerra combaten en estos días en Gaza el ejército israelí y los milicianos de Hamas? Se ha dicho que hay lucha cuerpo a cuerpo. Pero la verdad es que no existe testimonio evidente de que sea así. Lo cierto es que los aviones militares israelíes, los helicópteros Apache, los misiles y

tanques atacan indiscriminadamente, hunden viviendas familiares, escuelas, edificios públicos, locales humanitarios de la ONU. Siembran la muerte ciegamente. Los cadáveres pueden ser de milicianos de Hamas pero tanto o más de mujeres, niños, gente indefensa de toda clase.

El Tsahal está metido en el laberinto encenagado de una Gaza superpoblada donde el enemigo puede estar en cualquier parte y en ninguna. El corresponsal de *La Vanguardia*, Enrique Cymerman, explicaba en una reciente crónica que bajo suelo del territorio de la franja y de su capital hay una infinidad de escondrijos, zulos, subterráneos. ¿Qué precisión puede haber en la destrucción de objetivos, en la detección de milicianos o mandos de Hamas si además, según las fuentes israelíes, esta gente armada se escuda entre la población civil? Se sabe poco porque la prensa carece de acceso al lugar de los hechos. Pero mientras sigan implacablemente los disparos de cohetes Qasam y misiles Grad desde territorio de Gaza al sur de Israel, es que los israelíes no han derrotado a Hamas.

Son muchos los indicios de que las previsiones sobre una operación definitiva, total, la solución final, no tenían fundamento. El ejército israelí habrá hecho mucho daño, el número de muertos y heridos es ya abultado. Queda bien a la vista que a los dirigentes de Hamas les importó poco la magnitud del sacrificio que el pueblo de Gaza iba a pagar por la ruptura el día 19 de diciembre de la tregua establecida hacía seis meses. Pero ni Israel ni Hamas van a resolver nada de verdad. No hay solución militar. Y la nueva tregua que las instancias internacionales puedan conseguir ante una lucha estéril e inhu-

mana difícilmente podrá dar paso a algún arreglo político de mayor calado. A menos que obligaran a buscarlo mayores complicaciones que supusieran una amenaza general para Oriente Medio.

Cuando Sharon evacuó Gaza creyó que se deshacía de un grave estorbo y que dividía a los palestinos. Convirtió la franja en una jaula para tener las manos libres en Cisjordania. No fue así. El golpe por el que Hamas se hizo con el poder en Gaza contra Al Fatah en junio del 2007 dividía, sí, a los palestinos. Pero consolidó un foco de activismo integrista en el que no se reconocían ni la independencia de Israel ni los sucesivos acuerdos por los que se creó la Autoridad Nacional Palestina. Era una cabe-

La dureza del ataque israelí no conduce a una guerra contra Hamas con claros vencedores y vencidos

za de puente de Irán, como el Hizbullah libanés. Y esta realidad le da al asunto un cariz de mayor alarma permanente para Israel que la operación militar en la franja difícilmente despejará. Por más observadores y garantías internacionales que se establezcan, la Gaza de Hamas seguirá ahí. Y es más que dudoso que posibles fórmulas internacionales para relajar el cerco de hierro israelí sobre la franja alteren de verdad la situación de hecho que allí existe.

Entre tanto, Israel, implacable frente a un enemigo insensible para el dolor de su propio pueblo, habrá dado otra vez la imagen carente del brillo de sus gestas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado. Todo ha cambiado. ¿Cambiará aún para peor en un área tan erizada de violencias y alarmas? El destino mismo de Israel está en juego. Y esta es la raíz de todo.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

En vez de muros, puentes

Hay alguna tierra que despierte más pasiones, más encarnizados litigios, más encendidas polémicas que la llamada Santa? La visita del papa Benedicto XVI a Israel y la Palestina ocupada lo ha puesto de relieve de manera singular. Cabe decir que cada lugar, cada palmo de suelo pisado, es, en sí mismo, motivo de contradicción, de interpretaciones dispares, frecuentemente inconciliables. Hay una larguísima historia detrás como escenario que ha sido el país de los orígenes de las tres religiones monoteístas. Una realidad que sigue acusa-

La visita de Benedicto XVI a Tierra Santa tiene valor testimonial contra una larga historia de injusticia

damente viva. Pero a la que en nuestro tiempo se suma el añadido dramático y cruento de acontecimientos que levantan divergencias profundas.

Es una tierra de heridas gravemente abiertas, de víctimas y victimarios, de radicalismos exacerbados e incompatibilidades arraigadas. Y allí precisamente, a esta tierra de contradicción, ha ido Benedicto XVI, un Papa contra el que unos y otros, judíos y musulmanes, tienen motivos de queja por causas sobredimensionadas. Un Pontífice de quien se dice que ofendió a Mahoma en un acto académico y que relativizó el holocausto al rehabilitar a un obispo lefebvriano, negacionista de la *shoah*. Él mis-

mo con un historial, sobre el que se habla sin matices de que fue militante de las Juventudes Hitlerianas y soldado de la Alemania nazi.

Benedicto XVI ha sido así un controvertido portador de palabras de paz y concordia en un lugar de extremos donde ni el actual Gobierno israelí parece dado a tender la mano a los palestinos y en Gaza Hamas ni siquiera reconoce al Estado de Israel. Cuando la ONU acaba de denunciar las barbaridades cometidas por el ejército israelí durante la despiadada ofensiva en la franja de Gaza de finales del año pasado y principios del presente.

Y sin embargo, con sus maneras suaves y su aparente distanciamiento, el Papa ha ido al núcleo de la discordia. No se alteró cuando le acusaron exageradamente de ser poco explícito, de poner poco fervor en la denuncia evidente contra los crímenes nazis. Y en Belén, ante la evidencia de la situación desesperada de la ciudad, no calló sobre la lamentable realidad del muro levantado por los israelíes y el derecho de los palestinos a disponer de una patria propia.

El Pontífice ha sido mensajero de paz, pero no equidistante —aunque ha pedido a los palestinos que renuncien al terrorismo—, porque en el conflicto entre Israel y los palestinos no hay equidistancia ni siquiera aproximativa. Hay, esto sí, una situación con la que es preciso acabar. En palabras del propio Benedicto XVI, la necesidad de poner puentes donde hay muros.

Se dirá que son palabras. Pero ¿cuántos miles de palabras han gas-

tado inútilmente una infinidad de emisarios, de mediadores, de jefes de Estado y de Gobierno que han resultado inútiles frente a la obstinación, los falsos cálculos, las erróneas previsiones, la inquina visceral, la fe en la fuerza, el desprecio a la justicia? Puentes, no muros. Decirlo es como hacer la síntesis de una atormentada historia.

Se trata de un país ocupante y un territorio ocupado. De una nación independiente y libre por una parte, y por la otra de gente a la que esta doble condición se le viene negando desde 1967 con el recurso a métodos opresivos que en demasiadas ocasiones han sido de una

violencia extrema, contraria a los más elementales límites del respeto a los derechos humanos. La historia en este sentido es dolorosamente larga. Y pedir olvido es mucho cuando hace escasamente cinco meses se producía en Gaza una de las más despiadadas e indiscriminadas operaciones de castigo.

Nunca faltan justificaciones para el levantamiento de muros. La protección contra el terrorismo en el de Palestina. Pero muro y equidad, muro y libertad, muro y confianza o pacífica convivencia son incompatibles. Donde se levantan muros alguien queda encerrado. En el de Palestina se separa a miles de personas de sus tierras de labor, de localidades donde residen sus vecinos, sus parientes. Es testimonio de una tierra fraccionada, de caminos sometidos a rigurosos controles militares. No es esto toda la historia. Está su causa: el terrorismo palestino, los sistemáticos bombardeos del sur de Israel por parte de Hamas desde Gaza. Pero, además de la evidente desproporción entre la causa y el efecto, la base de todo está fuera de duda: el régimen de ocupación. Y el rechazo de Israel a volver a las fronteras anteriores a 1967. Sin esta consideración previa todo reparto de responsabilidades, de culpabilidades, es por demás.

Y en este sentido la visita del Papa tiene un alto valor testimonial. Todo interés en desestimar, en depreciarlo, tiene una indisimulable connotación de bastardía política y moral. Más allá de las apreciaciones que pueda merecer Joseph Ratzinger en otros aspectos de su pontificado.



ASTROMUJOFF